

# PRESENTE

Nº 3 2021

LECTURA A LA ALTURA DE NUESTRO TIEMPO



## DERECHAS Y ULTRADERECHAS

**Expediente:** *Estado de Malestar. Derechas, antisistema y sociedad pos-COVID*, por Patricio G. Talavera · *El comunista siempre puede ser vos. Sobre la lógica contrarrevolucionaria de las derechas de los años treinta argentinos y su herencia*, por Mercedes F. López Cantera · *La ultraderecha según la comentocracia*, por César Morales Oyarvide · *La batalla cultural de la nueva derecha*, por Emmanuel Rosas · *¿El retorno del anticomunismo en el imaginario de las derechas mexicanas?*, por Héctor Alejandro Quintanar · **Contextos:** *La larga sombra de Pinochet: elecciones presidenciales en Chile*, por César Canales · **Trazos:** *Parásitos y Nuevo orden: los pobres ya vienen*, por Héctor Gutiérrez · **Apuntes:** *¡Cuidado: Ultraderecha enfrente!*, por Fernando Escobar Ayala



## **Revista Presente**

Derechas y ultraderechas

N.º 3

Ideada en México · Argentina · España

Editada por Revista Presente en Coria, Cáceres (ES).

ISSN 3020-4658

Se publica este número de la Revista Presente el 14 de diciembre de 2021, a 49 años de que el ser humano pisara por última vez la Luna, y a trece de que el periodista Muntazer al Zaidi tirara sus dos zapatos contra George W. Bush en una rueda de prensa en Irak.

Se permite la distribución y reproducción de este material con fines educativos y de difusión, con la condición de dar el debido crédito a sus autores.

# PRESENTE

LECTURA A LA ALTURA DE NUESTRO TIEMPO

## **Dirección**

Hugo Garciamarín Hernández

## **Comité editorial**

Antonio Álvarez · Emmanuel Rosas · Gauri Marín · Héctor Gutiérrez · Itzcóatl Jacinto · María Agustina Saracino · Mónica Nuño · Pablo Toussaint

## **Coordinador\_s**

Hugo Garciamarín - Expediente & Contextos · María Agustina Saracino - Apuntes · Itzcóatl Jacinto - Trazos

## **Colaborador\_s de este número**

César Canales · César Morales Oyarvide · Emmanuel Rosas · Fernando Escobar Ayala · Héctor Gutiérrez · Héctor Alejandro Quintanar · Mercedes F. López Cantera · Patricio G. Talavera ·

## **Comunicación**

Oswaldo Jiménez · Sandra Soberanes

## **Edición**

Héctor Gutiérrez & Coordinadores

## **Maquetación y Diseño**

Pablo Toussaint

# TABLA DE CONTENIDOS

## EXPEDIENTE

ESTADO DE MALESTAR. DERECHAS, ANTISISTEMA Y SOCIEDAD POS-COVID  
2

EL COMUNISTA SIEMPRE PUEDE SER VOS  
9

LA ULTRADERECHA SEGÚN LA COMENTOCRACIA  
16

LA BATALLA CULTURAL DE LA NUEVA DERECHA  
21

¿EL RETORNO DEL ANTICOMUNISMO EN EL IMAGINARIO DE LAS DERECHAS MEXICANAS?  
29

## CONTEXTOS

LA LARGA SOMBRA DE PINOCHET: ELECCIONES PRESIDENCIALES EN CHILE  
42

## TRAZOS

*PARÁSITOS Y NUEVO ORDEN*: LOS POBRES YA VIENEN  
48

## APUNTES

¡CUIDADO: ULTRADERECHA ENFREENTE!  
54



**EXP**

**EDIE**

**NTE**



# ESTADO DE MALESTAR. DERECHAS, ANTISISTEMA Y SOCIEDAD POS-COVID

Por Patricio G. Talavera

Un lugar común durante todo el recorrido de la pandemia ha versado en la alteración definitiva de los patrones de construcción colectiva, sobre todo en sociedades occidentales, y su impacto en la representación política. Pero mucho menos claro se ha mostrado el especificar esos cambios que la convivencia civil tiene por delante en lo político producto de una inédita crisis múltiple: económica, social, política epidemiológica y climática. En este ensayo pretendemos desarrollar algunos puntos sobre conflictos que persisten en moldear los contornos políticos de la relación entre sociedad y Estado, con enfoque en los partidos antisistema en general, y las nuevas derechas latinoamericanas en particular.

En los últimos 20 años, la idea de “giros” políticos en determinada dirección siempre ha contado con un gran atractivo y adhesión. Casi con una noción de rítmica biológica, se da por



supuesto que luego de la etapa liberal de los años 90, procedía un “giro a la izquierda”, el cual, agotado el boom de commodities y espolado por la crisis global de 2008-2009, sería paulatinamente desplazado por un “giro a la derecha”. En primer lugar, en algo alejado de esa percepción bastante difundida, creemos que en los últimos 20 años la región ha ido adoptando una suerte de “normalización democrática” la cual apunta a cambios mediante una rutinización de la alternancia en el poder. Aunque la extensión de la experiencia democrática, como marcó en su día Scott Mainwaring, no conjura por sí misma la inestabilidad, el voto tanto hacia una como hacia otra corriente ideológica parece constituirse como mecanismo de rendición de cuentas relativamente asentado en la población.

En este contexto, el potencial “giro a la derecha” no sería más que el resultado de una evaluación negativa de las gestiones ejecutivas de las agrupaciones ubicadas a la izquierda del espectro ideológico latinoamericano. Esta alternancia se verifica sobre todo en la segunda mitad de la década de 2010 (Argentina 2015, Brasil 2018, Ecuador luego de 2017, Chile 2018 y Uruguay 2019). Sin embargo, ha contado con menos presupuesto político que los ejecutivos de la etapa previa. La nueva camada de gobernantes se ha visto ampliamente condicionada por un trípode de difícil administración: en primer lugar, la victoria no implicó mayorías nítidas, lo cual forzó a pactos de gobernabilidad que atenuaban, redireccionaban y/o segmentaban el programa electoral de la fuerza ganadora. Este sería el caso de Jair Bolsona-

ro en Brasil y Luis Lacalle Pou en Uruguay. En Ecuador, Guillermo Lasso ha entablado entendimientos parlamentarios con el movimiento indigenista Pachakutik, un hecho insólito 20 años antes, época del fugaz paso de Lasso como Ministro de Finanzas del liberal Jamil Mahuad. En segundo lugar, la existencia de nuevas formaciones de extrema derecha, las cuales tensionan sobre la capacidad de captación electoral de los partidos tradicionales, sobre todo en entornos urbanos golpeados por crisis sucesivas. Estas nuevas agrupaciones logran una mayor capacidad de visibilizar malestares y, en algunos casos, cuentan con una mejor estrategia de movilización de desafectos. José Antonio Kast en Chile, Javier Milei en Argentina, Chi Hyun Chung y Luis Fernando Camacho en Bolivia, Rafael López Aliaga en Perú empujan desde vertientes distintas a los partidos tradicionales de derecha, hacia una estructura de competencia bifronte. Esta estructura de competencia implica la captura simultánea de dos colectivos. El primer frente, el de sectores de clase media radicalizados que buscan manifestar la frustración de sus expectativas accionando políticamente con su voto contra el establishment. El segundo frente, el de sectores no negados, pero sí más reactivos a dichas ofertas nuevas, permaneciendo fieles a patrones más tradicionales de voto. La clásica “carrera por el centro” independiente ahora se encuentra trastocada por una imperiosa necesidad de evitar la “tupacamarización” en manos de formaciones rivales tradicionales y nuevos partidos de extrema derecha. Por último, en tercer lugar, el agotamiento de un mo-

delo de Estado expandido como espacio cobertor contra shocks externos, que determinó la extensión de modelos de protección social que conjugaron mal su accionar y narrativa en tiempo de precios internacionales en caída. El estancamiento y la consecuente promesa frustrada de movilidad social que ondeó durante una década bajo gobiernos progresistas no horadó a fuerza de explosiones sociales las bases electorales del progresismo latinoamericano, como si ocurrió con la experiencia liberal de los años 90, donde muchos vehículos partidarios nunca más volvieron a ostentar el control del gobierno (el PSDB de Fernando Henrique Cardoso en Brasil, o el MNR de Gonzalo Sánchez de Lozada, por ejemplo) o lo hicieron luego de una prolongada etapa de confinamiento opositor y moderación programática (el Partido Nacional de Uruguay, como otro ejemplo). Lo precedente no muere dramáticamente, y lo nuevo carece de épica de la refundación. Sin coyuntura ni recursos institucionales que empoderen ejecutivos de la delegación personalista, los nuevos gobiernos de derecha se encontraban entrampados por el estancamiento económico, sus consecuencias sociales, y la crisis propuesta por el COVID-19. El resultado podemos describirlo como una especie de “giro” mixto, a marcha forzada, donde dichos gobiernos se vieron en la obligación política de mantener estructuras de protección social, ampliarlas (Brasil y Argentina), e incluso en la contradicción más extrema, ser testigos coadyuvantes de la demolición de viejos órdenes institucionales tendencialmente conservadores (Chile). Estas maniobras tácticas, dicta-

das por la supervivencia política, la minoridad parlamentaria, la crisis fiscal del Estado, el contexto externo negativo y la lógica volatilidad de apoyos potenciales, tanto en la sociedad civil, como en la clase política y empresarial, tuvieron impacto en su electorado natural. De las cesiones salieron las escisiones: azuzada por la crisis social, el reblandecimiento identitario obligado de las formaciones tradicionales dio lugar partidos de nuevo cuño que reclamaban del abandono de banderas culturales en manos de la izquierda, como el matrimonio homosexual, nuevas tendencias intelectuales, el aborto, etc. Todo esto o bien apuntaló a formaciones de discurso liberal (atacando la consolidación de Estados expandidos bajo izquierda, pero conservados bajo derecha) o bien se refugió bajo el paraguas de ideas tradicionales próximas a valores religiosos. En este segundo caso se encuentra la influyente bancada evangélica que determina puestos en el gobierno de Bolsonaro en Brasil; condiciona la agenda política de sectores del Partido Nacional y constituye parte fundamental de la emergencia de Cabildo Abierto en Uruguay; fragmenta al extremo al centroderecha peruano; y marca fronteras calientes al predominio de Juntos por el Cambio en Argentina con agrupaciones tendientes al nacionalismo conservador (Frente Nos) o al evangelismo político (Valores para mi País). Incluso bajo el autoritarismo venezolano, esta última opción ha dado alternativas, como el partido Esperanza por el Cambio, del pastor Javier Bertucci.

Todo esto nos lleva a identificar puntos que creemos que marcan las líneas de fon-

do en torno a la representación política, y que condiciona a derecha e izquierda, en muchos casos con carácter y discursividad antisistema, potenciadas por la tensión social creada por la pandemia.

### Relocalización defensiva

El escenario de creciente competitividad electoral en la década de 2010, que desembocó en finales de ciclo relativamente prolongados (Uruguay, Brasil, Argentina) y en el surgimiento de partidos de derecha de nuevo cuño y resonancia inmediata (Cabildo Abierto en Uruguay, Creó en Ecuador, el Partido Republicano en Chile), dio la pauta de nuevas bases de reconstitución de representación política. Esas bases ya no se hicieron tanto sobre planteos “catch-all” o sedimentos poli-clasistas, sino que fijaron como mecanismo de apalancamiento realidades locales, identidades regionales y culturas particulares, para luego “exportar” sus fórmulas al conjunto de la sociedad. Pero a partir de un piso muy concreto y con marcas identitarias bien expuestas, las cuales además no se presentaron (en muchos casos, tampoco lo hacen hoy) como fácilmente intercambiables. Como contracara del pragmatismo tradicional de los partidos para concretar coaliciones de gobierno, el reflujo se presentó en un formato de purismo que traducía intransigencia en el lenguaje de la simplicidad; un rechazo visceral y metálico a cualquier acto de acuerdo, como señal de fidelidad representativa. En esa clave de lucha contra las “castas” políticas, también pueden ser comprendidos fenómenos como

Javier Milei e incluso las oscuridades barrocas que hace al pensamiento social de un presidente pretendidamente de izquierda como Pedro Castillo en Perú. La retroversión hacia el mundo de las costumbres privadas como eje de comprensión política del conjunto de la sociedad fueron en muchos casos reflejos de empoderamiento de actores concretos, como los evangélicos en Brasil. Estos últimos avanzaron en la medida que el Estado social brasileño retrocedía en los años 90 entre directivas políticas nacionales y el default gerencial del aparato estadual en lugares como Río de Janeiro, con ribetes en muchos casos de Estado fallido. Así, el estado original del bolsonarismo convivió con 4 gobernadores estos últimos 7 años, la misma cantidad que en los anteriores 15 años. Sobre esta brecha se articula la politización de elementos de intimidad y proximidad como la creencia religiosa. La misma obtiene incentivos de expansión alimentada por los problemas creados por la estatalidad insuficiente y las imposiciones culturales de cierto progresismo (símbolos, modelo familiar, concepción de la educación). La retórica vuelve a lo hogareño, pero ya no como exégesis de administración presupuestal eficiente, sino como Kamchatka resiliente de un esencialismo en torno a la familia nuclear clásica: la campaña “Con mis hijos no te metas” en Perú, o el rol político de la Iglesia “Misión Vida” en un país de vigoroso laicismo como Uruguay son apenas muestras de un fenómeno más amplio. Si en Europa la relocalización ante el derretimiento post crisis de los partidos tradicionales adquirió un formato de grito municipalista o de pro-

to-trumpismo étnico, en América Latina, tierra de creencias cruzadas, hombres decisivos y mujeres predestinadas, lo fue la reconfortante calidez de la casa. Referencias cercanas, fuertes y confiables, para un mundo inestable y agentes de representación poco confiables. Si conocido, dos veces bueno.

### Tres imágenes para un problema

Los problemas recurrentes del liderazgo político latinoamericano que retroalimenta opciones extremas son aquellos que ilustraremos con tres imágenes. La primera es la de Hans, un pequeño agricultor de Waltzer, Nassau, en la Prusia de mediados del siglo XVIII. Como agricultor, tenía el problema de un vecino que cambiaba el cauce del río para su beneficio personal, perjudicando sus terrenos. Reclamó a los juzgados, y como no existía regulación, todas sus peticiones fueron denegadas. Desesperado, apeló al rey Federico II, en busca de una solución. Comprendiendo la situación, el rey tomó una medida drástica: ejecutó a todos los jueces de todas las instancias que fallaron contra el granjero, y también al vecino abusivo de éste. Sin embargo, los fallos habían sido correctos: ninguna legislación contemplaba esa necesidad. Aquí la primera parte de la secuencia: liderazgos que, en aras de responder a necesidades materiales, políticas e inmediatas, detonan el orden jurídico y oprimen la construcción institucional que salvaguarda la convivencia ciudadana. Nayib Bukele en El Salvador o Alejandro Giammattei en Guatemala, podrían ser ejemplos de esto. Esto di-

recciona a los órganos contralores, los cuales, por temor a ser represaliados, adaptativamente cesan en su función de control, inaugurando un pernicioso patrón de defección estratégica, al decir de Gretchen Helmke, del Poder Judicial. De esta manera, el recurso de la institucionalidad es entregada a elementos políticos que la instrumentalizan para llevar adelante un pulso al líder en la cima del Estado, aún con métodos reñidos con dichas ideas: el ejemplo de Luis Fernando Camacho en Bolivia contra Evo Morales parece resultar bastante cristalino al respecto. La tensión resultante puede implicar desbordes disruptivos que llevan al quiebre institucional (Bolivia 2019) o prácticas reñidas, quizás no con su letra estricta, pero sí con el espíritu de las leyes (el “constitutional hardball”, al decir de Mark Tushnet, podría ser un buen visor de análisis). El impeachment de Dilma Rousseff y la posterior detención de Lula da Silva en las vísperas de la elección de 2018, con la subsecuente emergencia de Jair Bolsonaro, podrían ser también ejemplos de lo referido. Esto puede llevar a una etapa de disgregación, fragmentación y desencanto, bajo el cual se deterioran los parámetros sociales, aumentando la conflictividad. Aquí puede hacer aparecer nuestra segunda imagen: el sebastianismo. El sebastianismo es un mesianismo portugués y más tarde difundido en el noreste de Brasil. Se traduce en un descontento con la situación política que se vive y en una expectativa de solución personalista, repentina, rápida e indolora, a través de la resurrección de un fallecido célebre (en el caso histórico, Sebastián I de Portugal, muerto en batalla en condiciones

misteriosas). Esta idea, que pobló la literatura de Fernando Pessoa, enmarca la confianza ciega en un “rey bueno”, un líder, una marca, un símbolo decisivo que nos salve, y que tiene como contracara la ausencia de esfuerzo colectivo por la existencia de un ícono que todo lo puede. Sobre este supuesto, se federan las esperanzas, y se alinean las expectativas en momentos de agudamiento de crisis, como la ocasionada por el estancamiento económico o el mismo COVID-19. Macri en 2015 en Argentina, la vuelta del kirchnerismo en 2019 e incluso el mismo Lula en Brasil para 2022 pueden ser ejemplos de ello. Hoy en Venezuela por caso, las encuestas reportan una amplia popularidad del fallecido Hugo Chávez, conviviendo con amplios márgenes de desaprobación de Nicolás Maduro; la vigencia del Fujimorismo en Perú, aún en la derrota, puede ser otro caso. La frustración inevitable de una esperanza tan concentrada e intensa deja abierto a fórmulas de desencanto antisistémico más radicalizadas. Estas últimas movilizan mediante sentimientos negativos, identidades marcadas y nativismos militantes que rechazan como traición cualquier fórmula de consenso, condicionando y sesgando el debate político, e incluso enmarcando contenidos en redes y medios hacia una dirección puntual por defecto o a fuerza de iniciativas, como Trump en Estados Unidos. Todo esto nos lleva a la tercer imagen-instancia: el tancredismo. El tancredismo era una práctica de la tauromaquia española, basada en una persona sobre un bloque de mármol, vestido de blanco. El mérito es permanecer inmóvil, confundiendo

al toro, para que lo considere parte del mármol y lograr no ser embestido. El símil parece recordar la situación de gobiernos posteriores a la etapa progresista: afectados fundamentalmente por el estancamiento prolongado de la economía, expectativas frustradas y malestar social en aumento (y en “redescubrimiento” creciente cuanto más cede el coronavirus), los gobiernos tienen muy poco margen para políticas públicas de “reperfilamiento”. Tal parece ser la vuelta a la defensa del asistencialismo en Jair Bolsonaro, y las dificultades de Lacalle en Uruguay para la desmonopolización de la estatal ANCAP. Piñera en Chile incluso llegó a adherir al matrimonio homosexual de cara a una Asamblea Constituyente erguida luego del ciclo de protestas. Esto alimenta el desencanto en las propias bases electorales por desnaturalización identitaria, e incentiva fugas hacia nuevos confines: si el sorpresivo triunfo de Sebastián Sichel canceló a Joaquín Lavín en las primarias de Chile Vamos, este ahora parece desteñirse frente al republicano Kast; Juan Sartori en 2019 primero, y el cabildante Guido Manini Ríos después, esmerilaron los esfuerzos de Lacalle; Rafael López Aliaga, George Forsyth y Daniel Urresti obstaculizaron desde su neotradicionalismo a Keiko Fujimori, a la vía liberal de Hernando de Soto y la moderada de Yonhy Lescano de Acción Popular este 2021. La inmovilidad puede facilitar perdurabilidad a corto, pero entrega capacidad de aplicación programática en el largo, al no alterar la correlación de fuerzas heredadas en ningún sentido. Al final del día, sólo se evitó la cornada del toro. A veces, sólo la aplaza.

## Conclusiones

Un contexto con exceso de demandas y escasez de herramientas, sin embargo, no allana automáticamente el camino para expresiones extremas, ni facilita regresiones autoritarias absolutas. Al contrario, esta coyuntura puede transformarse en la reformulación positiva de los “contratos” sociales sobre los cuales se asientan los sistemas políticos en América Latina. Si las circunstancias degradan el instrumental de un liberalismo convertido en una catedral que repite evangelios añejados, y de un estatismo mágico que sólo no tiene dudas cuando su billetera está llena de certezas, también brindan la oportunidad de nuevos consensos ante la aridez de la crisis. La necesidad imperiosa de reforzar capacidades estatales frente a fenómenos climáticos y sanitarios; los incentivos para la integración regional y articulación conjunta frente a la polarización China-Estados Unidos; las demandas de transparencia y preservación de “pisos” de asistencia social incluso en lugares de alta tradición liberal, pueden representar elemen-

tos para suturar las heridas que se observan mientras baja la marea del coronavirus. Las limitaciones redistribucionistas de gobiernos progresistas, las continuidades resignadas de gobiernos de tendencia liberal, y las limitaciones materiales a la expansión de fuerzas anti-sistema (cuyo ejemplo más cabal es la actual gestión de Pedro Castillo en Perú) pueden ser, casi por descarte, el combustible para consensos más duraderos. La amenaza de que la Gran Oclusión suceda a la Gran Reclusión, y desestabilice la convivencia, puede ser más efectiva que cualquier teorización sofisticada.

“Una Nación es una colectividad que consigue conservar en común la ausencia de calma. Un flujo constante de temas estresantes sincroniza las conciencias para integrar a la población en una comunidad de preocupaciones diarias”, nos recita Sloterdijk desde *Stress y Libertad*. El desafío de la gestión de ansiedades y soledades puede colocar a América Latina en el camino de las reformas pendientes como no lo hizo la época de bonanza durante los años 2000. Quizás, como decía el general Patton, la presión haga diamantes.¶

Imagen de portada: «01/01/2019 Reunião bilateral entre o Presidente da República, Jair Bolsonaro e o Senhor Sebastián Piñera, Presidente do Chile» de Palácio do Planalto cuenta con una licencia CC BY-NC-SA 2.0





# EL COMUNISTA SIEMPRE PUEDE SER VOS

## SOBRE LA LÓGICA CONTRARREVOLUCIONARIA DE LAS DERECHAS DE LOS AÑOS TREINTA ARGENTINOS Y SU HERENCIA

Por Mercedes F. López Cantera

“Pero no entiendo profesora, ¿por qué si apoyo la ley del aborto, me acusan de comunista?”

Esta pregunta, enunciada por una alumna del curso de ingreso a una universidad pública de Argentina, tuvo lugar en el 2018. Por ese entonces, se debatía el proyecto de Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo que, con modificaciones mediante, fue aprobado a fines del 2020. En ese momento, mi “deformación profesional” no condujo a buscar respuestas para ese interrogante en el presente, sino que me trasladé automáticamente al pasado. Recordé los primeros años de la década de 1940, cuando el Ministerio del Interior argentino había fundamentado la represión contra el movimiento obrero, el activismo antifascista y otros actores de la sociedad

civil en la tesis de un “recrudescimiento de las actividades comunistas”.<sup>1</sup> ¿Por qué esa homología? ¿Qué condujo a que el gobierno argentino de esos años apelara al “peligro rojo” para ejercer control sobre múltiples causas? ¿Por qué, casi cien años después, se apuntaba contra posturas que defienden una ampliación de derechos como si estas pretendieran una insurrección social?

Estas identificaciones y la perplejidad que despiertan, no son producto exclusivo de una actualidad en la que la emergencia de tendencias a la derecha en el arco político pareciera revivir aquel tormentoso contexto de la entreguerras del siglo xx. A pesar de la proliferación de procesos y expresiones que dan cuenta de un nuevo ciclo ascendente de las derechas, la flexibilidad con la que se etiquetan a diversos intereses con la imagen del comunismo desorienta al debate político cuando no genera una risotada incómoda. Entre el 2018 y el 2021, la pregunta disparadora adquirió distintas versiones: desde políticas de redistribución progresiva de la riqueza, hasta otras luchas de los movimientos de la cuarta ola feminista y del colectivo LGTBIQ+, han sido acusadas de ser parte de una infiltración marxista/comunista. Incluso, esta última fue equiparada a identidades reformistas o progresistas, acusadas de engendrar la subversión del orden.

Sea cual fuera el caso, respondí señalando la subyacente veracidad que encerraban esas asociaciones. Por supuesto que dis-

1 Nos referimos a los informes presentados por el ministro Miguel Culaciati. En “Sesiones Ordinarias”, *Honorable Cámara de Diputados de la Nación*, 28 de agosto de 1941 y 24 de junio de 1942.

to de afirmar que las reivindicaciones de las que hemos dado ejemplo sean sinónimos de “comunista”, ni monopolio del amplio abanico de las izquierdas. Ahora bien, ello no significa olvidarnos de la existencia de una lógica propia del conjunto de las derechas que podríamos caracterizar como contrarrevolucionaria. Que abarcó desde banderas reformistas hasta aquellas más radicalizadas.<sup>2</sup> Un tipo de pensamiento que encuentra sus raíces en la reacción contra la Francia revolucionaria y en el combate contra el socialismo y el anarquismo durante el siglo xix y que, finalmente, hace eclosión tras el estallido ruso de 1917. Hoy, invito a reflexionar sobre el razonamiento que existe detrás de ello, a partir de revisar procesos que se cristalizaron a lo largo de la década de 1930 en Argentina. Al menos como un ejercicio que nos permita empezar a comprender y a tomarnos en serio lo que, más que una burla, debería ser una preocupación.

## Tiempos de reacción

La línea que ha marcado la síntesis entre la cuestión comunista con diversas expresiones y banderas políticas se ha correspondido siempre con el peligro potencial que cualquiera de estas significó para la existencia de un orden incuestionable. En otras palabras: el va-

2 Dos advertencias. Primero, las referencias en este texto al anticomunismo no se circunscriben a una reacción contra el comunismo soviético, aunque este y los PCC no puedan ser descartados como factores. Segundo, las críticas de los trotskismos y el anarquismo quedan afuera de esta idea de anticomunismo por ser manifestaciones que cuestionan al mundo soviético por obturar procesos revolucionarios.



## EL COMUNISTA SIEMPRE PUEDE SER VOS

riado arco de *las derechas* coincide en la inviolabilidad del *status quo*. La defensa de ello varía según la corriente *a la derecha* que uno analiza, dado que cada tendencia de esa familia política ubica las bases de esa sociedad o comunidad naturalizada en distintos valores o ideales.

Así ocurrió con la primera expresión contrarrevolucionaria moderna de la historia. El rechazo contra la Ilustración en el siglo XVIII y la difusión del liberalismo revolucionario abroqueló a varios actores. Entre ellos, el mundo católico destacó por instalar la hipótesis de una larga “crisis espiritual” que aquejaría a la humanidad desde su alejamiento de Dios, producto de las transformaciones que acompañaron al proceso de secularización consecuente a 1789. Las “doctrinas anticristianas”, que incluyeron a las corrientes de izquierda desde el socialismo hasta al anarquismo, fueron comprendidas como derivas de ese enemigo liberal. A partir de esta lectura se criticó a la prédica de la “lucha de clases”, entendida como la instigación al odio entre los seres humanos, lo opuesto a la armonía entre las clases o conciliación entre capital-trabajo.

En el caso de la Argentina, estas interpretaciones sobre el enemigo revolucionario nutrieron parte de las lecturas que liberales-conservadores y la naciente extrema derecha elaboraron frente a las transformaciones sociales desde comienzos de siglo. Aun así, fue en el ciclo inaugurado por la Gran Guerra (1914-1918) cuando estas asociaciones se alinearon con el peligro revolucionario asociado al comunismo.

He aquí una segunda variable a tener en cuenta para comprender las mencionadas homologaciones. La puesta en peligro del orden social siempre se enmarca en un estado de “crisis total” que no solo abriga al escenario nacional sino al mundo que lo rodea. Las tensiones que caracterizaron a la Argentina de la entreguerras fueron comprendidas en clave transnacional. La profunda crisis resultado del cataclismo de Wall Street se sumó a la inestabilidad institucional del período 1930-1943, iniciada con el primer golpe de Estado de este país y continuada por una restauración democrática con fuertes restricciones a la participación política, que estableció una coalición de tendencias liberal-conservadoras ligada a la clase dominante. Este contexto se vio además condicionado por el ascenso de los fascismos y las coyunturas que implicaron la Guerra Civil española y la 2ª Guerra Mundial, o sucesos como la “intentona comunista” dirigida por el militar Luiz Carlos Prestes en Brasil. El escenario descripto debería ser comprendido en estos tiempos pandémicos, donde las problemáticas de la propagación del Covid-19 borro-nean las fronteras territoriales.

Este razonamiento es el que determinó la asociación de todo conflicto social a la amenaza revolucionaria. Los años treinta en la Argentina se caracterizaron por la intensidad en las luchas obreras, signadas por la violencia, muchas de ellas encabezadas por gremios dirigidos por el Partido Comunista local, cuyas alianzas en el ámbito gremial y partidario en la segunda mitad de la década, le otorgó protagonismo. La existencia de ese comunismo

respaldó la idea del conflicto como amenaza revolucionaria que la polarización política transnacionalizada respaldaba.

En ese sentido, debemos comprender que los y las defensores del orden no necesariamente temían una posible insurrección: la revolución ya había ocurrido. En otras latitudes, en otra sociedad. Pero el ejemplo de 1917 se había vuelto trauma para estos. La Revolución Rusa y, en particular, la bolchevique emergieron como procesos que ponían en evidencia que ese *status quo*, natural-divino para sectores religiosos o político-constituyente para otros, podía ser destruido. Para estos actores, la crítica o la existencia de propuestas alternativas a ese ideal, demuestra su vulnerabilidad. Que ese orden es simplemente una construcción. Y ello implica negar las bases de esas identidades políticas.

El “enemigo del orden” fue concebido, por lo tanto, como un producto anómalo del orden defendido. En esa idea de anomalía es que aparece su condición “externa”: es inconcebible para el arco de las derechas que sus enemigos surjan de aquellas estructuras que buscan proteger. Aquí no es menor destacar que desde la erección del Estado Nación argentino en la segunda mitad del s. XIX, ese “agente externo” mutó desde su asociación con las comunidades indígenas, a la inmigración y al anarquismo cuando la “Argentina moderna” comenzó a dar sus primeros pasos. Las interpretaciones antisemitas que se incorporaron a la imagen de ese “otro” avalaron reacciones antiobreras y racistas, como la represión paraestatal ocurrida durante la Semana

Trágica de 1919.

Estos aspectos explican por qué el conflicto, las luchas sociales, los problemas estructurales, son comprendidos como motorizados por un enemigo externo. Un adversario que busca internarse en el cuerpo social para poder degenerarlo. Desde sus orígenes, las fuerzas policiales en la Argentina barajaron esta interpretación. Ya en la década de 1900 planteaban la existencia de “agitadores profesionales” entre los y las trabajadores a raíz de la presencia anarquista. Con la democracia conservadora, reinstalada en 1932, el Estado buscó profundizar herramientas de control que obturaran aquellos procedimientos que creyeron parte de ese antagonista infiltrado.

La creación de la Sección Especial de Represión al Comunismo en la Policía de la Capital, respondió a tales fines. Sus tareas de inteligencia, sus allanamientos y detenciones se combinaron a lo largo de los años treinta con la actuación del Poder Judicial. Todo ello habilitó la investigación sobre aquellas acciones de la militancia política de esos años, aunque fundamentalmente del movimiento obrero, que fueron clasificadas como “actividades comunistas”.

Ahora, los diagnósticos que permitieron catalogar a banderas y reivindicaciones como parte del “peligro rojo” coincidieron con aquellos emanados tanto del mundo católico, como de la actuación de la extrema derecha nacionalista surgida en los años veinte como una reacción antiliberal a la apertura democrática de ese período. En los treinta, las ligas nacionalistas publicaron desde sus órganos de prensa

denuncias sobre la “penetración” comunista en ámbitos como el cultural, el educativo y, sobre todo, el sindical. Ello fue fruto del análisis sobre las estrategias del PC argentino en el mundo gremial, caracterizadas como parte de un proceder destructivo, propio de la “lucha de clases”, es decir, de su naturaleza. Además de coincidir en ello con los católicos, destacaron el rol de la URSS en esas directivas, avalando la alerta sobre la injerencia “foránea”.

Las conclusiones producto de esas observaciones condujeron a una operación de calificación/descalificación. Lo que Marcelo Casals Araya denominó como “criterios de clasificación”, elaborados a partir de la imagen del enemigo comunista.<sup>3</sup> En base a ello, referentes del catolicismo como de grupos nacionalistas pudieron validar o no ideas frente a sus seguidores, mientras que el Estado pudo concluir qué era legal o ilegal. Aceptable o — como décadas más tarde terminó ocurriendo — eliminable.

### La igualdad como problema

Si hubo una marca que caracterizó a los estudios sobre la pluralidad de derechas existentes desde el siglo XX hasta el siglo XXI, esta ha sido el hincapié en el atentado que han constituido para las libertades individuales. No obstante, la profunda reacción que contra las corrientes feministas de la cuarta ola alentó la gestación de entidades e, incluso, partidos “celestes”, como de grupos anarcocapitalistas, encuentra

sus bases en otro aspecto. Y este es la potencial igualdad que encierra el reconocimiento a diversidades sexuales y a derechos reproductivos. Si nos remontamos a qué aspectos determinaron la operación de calificación/descalificación que definió a las “actividades comunistas” combatidas por derechas, católicos y el Estado argentino en los treinta, podemos rescatar un hilo conductor entre aquellos años y nuestra agitada actualidad.

Un eje destacable dentro de la represión a entidades y modalidades de lucha entre 1932 y 1943 fueron aquellas banderas que apelaban a identidades más allá de la nacional. El llamado a la huelga general por el movimiento obrero había sido objeto de disciplinamiento desde comienzos de siglo por la fuerza policial. Durante la primera mitad de los años treinta, comunistas (y en menor medida anarquistas) recurrieron a esa consigna como estrategia de lucha. Desde el Ministerio del Interior se denunció a ese tipo de prácticas, valorando en contrapartida a aquellas negociaciones o reclamos más de tipo corporativo. Más allá del peso en términos de correlación de fuerzas que una huelga general significa, para el Estado la apelación a una unión de clase implicaba un rechazo a la identidad nacional defendida por la constitución.

La solidaridad extra nacional fue todavía impugnada por derechas y católicos. El clasismo iba en contra de la unión nacional pretendida por la extrema derecha, en la que obreros y patrones constituían un todo que debía ser armónico. Mientras, el mundo católico veía un atentado contra la adhesión a una fe que tras-

---

<sup>3</sup> Casals Araya, Marcelo, *La creación de la amenaza roja*, Santiago de Chile, LOM, 2016.

cendía desigualdades sociales y otras diferencias. En esa misma línea, los grupos nacionalistas cuestionaron a los sindicatos “rojos” no solo por su tendencia a la solidaridad clasista, sino también por la inclusión de consignas “no obreras”. La propuesta de la extrema derecha apuntó a la formación de un sindicalismo anclado solamente en reivindicaciones salariales y laborales, que excluyera reclamos contra el fraude, la represión y otras críticas al gobierno de turno, así como encolumnarse en conflictos internacionales.

Esto mismo se vio reflejado en las acciones policiales durante la década, que apuntaron a obtener reclamos que excedieran los límites de las necesidades económicas. “La política en los sindicatos” fue puesta en cuestión y asociada al peligro rojo. En los citados informes del Ministerio del Interior de 1941 y 1942, se explicitó que el gobierno argentino tenía total interés en reconocer a los “verdaderos representantes de la clase obrera”, lo que marginaba a aquellas entidades “desviacionistas” que tomaran reclamos que “no corresponden” al mundo del trabajo.

Los gremios de tendencia clasista fueron caracterizados como “mascaradas rojas”. De acuerdo con ello, el enemigo ajeno a la Nación, el “rojo”, desarrollaba una silenciosa infiltración que se valía de camuflaje para lograr la mayor de las adhesiones posibles. De esa manera, el antifascismo cayó dentro de las “actividades comunistas”. A pesar que ese fenómeno nucleó a una pluralidad de identidades políticas críticas de la URSS, como el anarquismo y el socialismo, la asociación del antifascismo con

el comunismo hizo que esa homologación fuera extensiva a cualquier activismo en solidaridad o con la IIª República Española o con los Aliados. Lo ajeno de esas luchas a las “problemáticas nacionales” se sumó a la condena y rechazo por el conjunto de los defensores del orden.<sup>4</sup> La formación de Frentes Populares impulsada por la URSS desde 1935 contra el monstruo fascista abonó esa tesis. Si bien en la Argentina esta política no llegó a concretarse, la potencial llegada al gobierno de una coalición similar (y los ejemplos de Francia y de España) generó un temor mucho mayor que el de otras estrategias más intransigentes que el comunismo local sí había desplegado.

Así, a comienzos de los años cuarenta, las numerosas detenciones, allanamientos y prohibiciones que tuvieron por objeto a las múltiples organizaciones antifascistas fueron justificadas por filocomunistas. La solidaridad de clase, el antifascismo, la “política” en el mundo gremial, cuando no representaban al comunismo en sí mismo, eran comprendidos como “vectores comunizantes”. Es decir, la adhesión inicial a cualquiera de esas banderas significaba el camino hacia la comunión con el enemigo rojo.

En ese sentido, el catolicismo y los grupos nacionalistas incorporaron dentro de la preocupación por estos vectores a lo que definieron como “grupos vulnerables”, entre los cuales destacaron las mujeres. Para los años de entreguerras, estas corrientes manifestaban

---

4 No obstante, una minoría de intelectuales católicos, influidos por la figura de Jacques Maritain, participó de acciones antifascistas.

su tolerancia al rol de aquellas como trabajadoras o activistas. En todo caso, las mujeres partícipes de entidades “comunizantes” caían en sus redes o por desesperación o por frivolidad. Los nacionalistas explicaban que la afiliación de las mujeres a gremios dirigidos por las izquierdas era resultado de la miseria que padecían y de la que se aprovechaban estos sindicatos. A su vez, comprendían al activismo de las intelectuales en el antifascismo por “moda” o por “libertinaje sexual”. En uno u otro caso la participación de mujeres en esas esferas era un acto de irracionalidad.

Aún más críticas del activismo femenino, sea de izquierdas o antifascista, fueron las militantes de entidades como la Acción Católica. Frente a la lucha contra la desigualdad de los sexos, enarbolaron la defensa de la mujer trabajadora siempre que sus actividades no se superpusieran con sus tareas de madre y esposa. Las católicas enunciaron que no era necesaria ninguna “vanguardia iluminada” que explicara la subordinación al mandato de la familia o del esposo, ya que eso también significaba una elección realizada por las propias mujeres.

### Sospechas que son certezas

Reformistas, revolucionarios, clasistas, antifascistas y feministas. Una diversidad de identidades impugnadas por ser “vectores comunizantes”, es decir, un peligro inminente para aquellos valores-cimientos defendidos por las derechas. Sin embargo, ese orden custodiado

también ha ido mutando tanto como las distintas “mascaradas rojas” que fueron denunciadas. Tal como el mundo católico defendió la religión en clave de *Antiguo Régimen*, liberal-conservadores y otras expresiones alejadas del autoritarismo levantaron los valores democráticos como opuestos a estas desviaciones. De esa manera, ello no sólo colaboró en la definición de actores tradicionalistas o de extremistas, sino además en poner límites claros al juego democrático comprendido como orden constituyente.

La flexibilidad y rigidez del pensamiento del amplio conjunto de las derechas nos permite comprender la constante pretensión de mantener un control. Una permanente vigilancia que alerte ante el más mínimo juicio contra eso que se cree indiscutible, lo que alienta el retorno de viejas asociaciones u homologaciones a pesar de la distancia que separa a procesos, luchas y reivindicaciones desde 1917 hasta el 2020. Ese carácter rígido no excluye que esas clasificaciones sean flexibles y extensivas; así, derechos reproductivos o denunciar el cambio climático se convierten en sinónimos de insurrección social dada la potencial capacidad de transformación que inauguraría la crítica que encierran.

“¿Pero entonces somos chivos expiatorios?”, respondió aquella alumna en el invierno del 2018. No tengo dudas de que no. Para esas ideologías, simplemente, estos “otros” que conformamos siempre estaremos bajo sospecha. ¶

Imagen de portada: «Lo Mob Commie Clock» de jenni from the block cuenta con una licencia CC BY 2.0





## LA ULTRADERECHA SEGÚN LA COMENTOCRACIA

Por César Morales Oyarvide

La reunión a principios de septiembre entre un grupo de legisladores del PAN y Santiago Abascal, líder del partido ultraderechista español Vox, provocó múltiples reacciones. Más allá de deslindes, disculpas e incluso el despido de un *community manager*, el efecto más llamativo del evento fue el que tuvo entre nuestra *comentocracia*. Durante las semanas posteriores al encuentro, la prensa mexicana se llenó de opiniones que, si bien en principio parecían criticar la reunión de los panistas con Abascal, en realidad se centraban en tratar de librar de culpa a quienes le abrieron las puertas del Senado al fascista español. Un buen número de comentaristas nacionales dedicaron sus textos a una curiosa maniobra que podríamos llamar censura exculpatoria.

¿Quién fue entonces, desde esta narrativa, el verdadero responsable de la infausta visita del presidente de Vox? Aunque parezca increíble, resulta que la izquierda.

### Un curioso argumento

Veamos algunos ejemplos del argumento: para el corresponsal del diario Reforma en Washington, AMLO fue la mente maestra detrás de la reunión entre Vox y los panistas, quienes habrían caído así en una trampa tendida astutamente por el presidente. Para una columnista de El Universal, lo importante era subrayar que no era el PAN el partido con más afinidad con Vox en México, por mucho que se haya reunido y firmado una declaración con su líder, sino Morena. En opinión de otro célebre periodista, el problema que hoy representan Abascal y sus compañeros de viaje era, en el fondo, un producto de la izquierda ibérica, que habiendo perdido el “centro racional”, provocó con sus excesos el renacimiento de la ultraderecha española.

Aunque todas estas opiniones son igual de extravagantes, hay una que es especialmente problemática: la idea según la cual los males de nuestro tiempo son provocados por un corrimiento hacia los extremos a ambos lados del espectro político: a la derecha y a la izquierda. Esta tesis no sólo es equivocada, sino que es un ejemplo de una de las más viejas estrategias retóricas del pensamiento reaccionario. Aun así, su puesta en circulación implica riesgos reales. Por un lado, trivializa la amenaza del nuevo fascismo que recorre el mundo y su creciente normalización. Por el otro, oculta el papel de la derecha tradicional en el avance de partidos extremistas como Vox, a quienes no han hecho más que tenderles la cama.

Pero vayamos por partes.

### El mito del “corrimiento a los extremos”

Como muchas de las ideas de esta naturaleza que aparecen en la prensa mexicana, el mito del corrimiento a los extremos no es del todo original. Prácticamente en todos los países que hoy tienen una fuerza política de ultraderecha, hay quienes intentan reinterpretar este fenómeno como una especie de extremismo simétrico a la izquierda y la derecha. Para quienes defienden esta idea, Estados Unidos, España o México hoy son poco menos que una reedición de la República de Weimar en la Alemania de entreguerras, en donde sólo cabe suponer que las discusiones entre *trolls* de Twitter reemplazan los enfrentamientos callejeros.

La idea, desde luego, tiene más de mito que de verdad. Tomemos el caso de los Estados Unidos, probablemente el país donde esta historia ha tenido más éxito. Como han mostrado Benjamin Page y Martin Gilens (en su libro *Democracy in America?*), la supuesta polarización entre el Partido Demócrata y el Partido Republicano de los últimos años es en realidad una deriva hacia la derecha sólo del segundo, acompañada de apenas un tímido, casi imperceptible movimiento a la izquierda por parte del primero. Habría que preguntarnos: ¿a quién beneficia que este tipo de situaciones se presenten como una polarización de la que todos son parcialmente culpables?

Sobra decir que sólo desde la confusión puede considerarse igualmente extremo el tratar de garantizar un mínimo de derechos a colectivos históricamente marginados, como

hacen muchos de los partidos a los que nuestra *comentocracia* considera radicales de izquierda, que instigar el odio contra ellos, como es vocación de los partidos de ultraderecha. Pretender igualar el presunto extremismo de un partido como Podemos (hablando del caso español, que es el que la visita de Abascal pone en la palestra) con el de Vox resulta tan insostenible como pensar que defender la educación y la salud públicas, como ha hecho desde 2014 el partido hoy dirigido por Ione Belarra, resulta tan extremista como deportar migrantes, levantar muros alrededor de las ciudades de Ceuta y Melilla<sup>1</sup> o echar para atrás las leyes contra la violencia de género, todas propuestas de Vox en las últimas elecciones españolas. Da la impresión de que, para el centrismo radical, incapaz de salir del relato oficial de las transiciones de las que aquí y allá fue protagonista, cualquier alternativa se antoja extrema, especialmente cuando surge desde la izquierda, por muy modesta que ésta sea.

### Retóricas de la reacción

Ahora bien, la tesis del corrimiento a los extremos avanzada por nuestra *comentocracia* no sólo es errónea. Tiene también una pesada carga ideológica. En el fondo, esta narrativa es una puesta al día de lo que el economista Albert O. Hirschman llamó en su momento “retóricas de la reacción”: las maniobras intelectuales que son utilizadas desde hace siglos para oponerse al cambio político. Específicamente,

la idea de que los supuestos excesos de la izquierda habrían sido la causa del auge actual de la ultraderecha es una nueva aplicación de lo que Hirschman la tesis de la perversidad. Según dicha tesis, cualquier política o movimiento progresista terminará por provocar, sin querer, un efecto contrario a sus objetivos.

¿Qué tienen en común la Revolución francesa, la ampliación del derecho al voto y la creación del Estado del Bienestar? Entre otras cosas, que todos fueron procesos políticos ante los que la reacción buscó oponerse señalando los efectos contraproducentes que presuntamente habrían de generar. Algo muy similar ocurre hoy con algunos de nuestros comentaristas cuando hablan de partidos como Vox. A su juicio, lo que consideran excesos en la izquierda habría acabado por alimentar a la ultraderecha, como si la consecuencia natural de proponer gravar con impuestos las herencias o detener los desalojos violentos de quienes no pueden pagar su hipoteca sea que alguien se levante un buen día odiando a las mujeres, a los migrantes y a los homosexuales (tomó prestada esta idea del sociólogo Antonio Villalpando).

### Una mitología con consecuencias reales

Simplemente errónea o también malintencionada, el verdadero problema con el mito del corrimiento a los extremos son sus consecuencias. De forma fortuita o deliberada, quienes defienden esta tesis minusvaloran el peligro que representa hoy la nueva ultraderecha (caracterizada por una mezcla explosi-

<sup>1</sup> Territorios españoles en el África continental.



## LA ULTRADERECHA SEGÚN LA COMENTOCRACIA

va entre populismo, nativismo y autoritarismo) y les lavan la cara a sus aliados locales, hoy súbitamente avergonzados de su reunión con Abascal.

Si existe hoy un peligro de orden político en el mundo ese es la presencia de la ultraderecha en cada vez más países y su creciente normalización. De ser prácticamente unos parias políticos cuyo campo de acción se reducía a los márgenes, estos movimientos y partidos hoy se encuentran en el centro del tablero. Hasta hace algunos meses, tres de los países más poblados del mundo tenían un líder de ultraderecha: Brasil con Jair Bolsonaro, India con Narendra Modi y Estados Unidos con Donald Trump. En otros contextos, sus partidos cosechan triunfos en las elecciones, por no hablar de su influencia cultural. Hoy la ultraderecha está cambiando la manera en que millones de personas entienden temas como la migración y la seguridad. El politólogo Cas Mudde ha llamado a este fenómeno la “mainstreamización” de la ultraderecha: un proceso mediante el cual el discurso, los encuadres y las propuestas de estas organizaciones se han vuelto parte de la normalidad política. ¿Qué implicaciones tiene esto? Que sus ideas sean discutidas en medios de comunicación masivos, incorporadas al sentido común de la gente y adoptadas, aunque sea de forma *light*, por partidos de la derecha tradicional y supuestamente moderada (pero también de centro e incluso de izquierda).

México no es ajeno a esta tendencia. Aunque no existe formalmente un partido de ultraderecha en el país, la manera en que un sector

del obradorismo ha adoptado una retórica de mano dura y el tufo xenófobo que rodea el tratamiento a los migrantes en la frontera sur por parte del Instituto Nacional de Migración es una prueba clara de que hoy la influencia de la ultraderecha atraviesa fácilmente las fronteras, sean físicas o ideológicas.

Con todo, los grandes responsables de este estado de cosas no se encuentran en la izquierda sino en la derecha tradicional. Son estos partidos los que, por miedo o ambición, les han abierto las puertas a los nuevos extremistas, ya sea haciéndolos sus socios legislativos y electorales, reuniéndose con ellos, firmando sus manifiestos o simplemente tratando de imitarlos (copiando esa actitud con la que hoy los nuevos fascistas posan de rebeldes y políticamente incorrectos).

Es en esa clave en la que tiene que leerse el recibimiento que el PAN hizo a Santiago Abascal.

### La CELAC: una falsa equivalencia más

La reciente cumbre de la CELAC dio a los teóricos de los extremos la oportunidad de plantear una falsa equivalencia más: la de equiparar la gravedad de la situación planteada por la ultraderecha en el mundo con la continuidad de las relaciones diplomáticas entre México y países como Cuba. La maniobra, iniciada con motivo de la visita a México de Miguel Díaz-Canel como jefe de Estado, mostró hasta qué punto prejuicios como el anticomunismo nublan el pensamiento de los intelectuales de la transición.

En lugar de llamar la atención sobre la amenaza del nuevo fascismo que recorre el mundo, nuestra *comentocracia* se empeña en asegurar que el problema está en otro lado. Al hacerlo no sólo minimizan imprudentemen-

te la fuerza de quienes hoy atentan contra la democracia y los derechos, sino que también absuelven a los que han sido sus principales colaboradores. ¶

Imagen de portada: PAN Senado



## LA BATALLA CULTURAL DE LA NUEVA DERECHA

Por Emmanuel Rosas Chávez<sup>1</sup>

En las discusiones sobre la vida pública suele haber un tipo de intelectual que defiende sus posturas desde una posición de superioridad —y racionalidad, supone—. Su forma de atacar las opiniones contrarias, especialmente aquellas que le parecen irracionales, es la condescendencia y a menudo la burla. Esta clase de intelectual tiene demasiada fe en su razón, pues confía que en la batalla de los argumentos ésta siempre saldrá avante mientras que la irracionalidad caerá por su propia debilidad. Para que se entienda: el arquetipo de intelectual que describo, tomando el ejemplo del escritor sudafricano J.M. Coetzee,<sup>2</sup> defendería públicamente la negativa de una persona a comer carne de cerdo, aunque en el fondo piense que se trata de un tabú producto de “la ignorancia y la superstición”.

---

1 Agradezco a María Agostina Saracino y a Hugo Garciamarín por sus provocadores e inteligentes comentarios.

2 J.M. Coetzee. *Contra la censura: Ensayos sobre la pasión por silenciar*, Debolsillo, Buenos Aires, 2014, p. 18.

Esta actitud intelectual condescendiente y autocomplaciente es moneda corriente en algunos sectores de la izquierda cuando se refieren a la derecha<sup>3</sup>, lo cual tiene principalmente dos consecuencias. Por un lado, implica la renuncia por parte de ciertos grupos de izquierda a dimensionar la complejidad de algunas posturas de la derecha —principalmente de los grupos más radicales y extremos<sup>4</sup>— y, en consecuencia, hay la tendencia a minimizarlas, pues se considera que son opiniones disparatadas de pequeños grupos aislados a los que no vale la pena prestar atención. Por otro, dado que se asume que dichos puntos de vista de la derecha son minoritarios, insostenibles e incluso risibles, una parte de la izquierda opta por debatirlos en el entendido de que caerán por su propio peso, lo cual sólo da plataforma a las voces más radicalizadas e

intolerantes de la derecha.

En ese sentido, considero que la izquierda enfrenta una encrucijada y debe asumir una tarea contradictoria que consiste, por un lado, en explicarse a sí misma el porqué de la aceptación —por minoritaria que se quiera— de algunas posturas derechistas claramente antiderechos —pienso en los discursos xenófobos o machistas— sin que esto, por otro lado, conlleve hacer eco de las mismas. Asumiendo esta complejidad, en las líneas que siguen expongo algunos rasgos de la derecha de nuestro tiempo a partir de la lectura de *El libro negro de la nueva izquierda: ideología de género o subversión cultural* (en adelante *El libro negro*), de los argentinos Agustín Laje y Nicolás Márquez.

*El libro negro* se divide en dos partes. En la primera, los autores analizan el postmarxismo y lo que denominan feminismo radical, mientras que en la segunda exponen lo que llaman homosexualismo cultural. El apartado sobre el postmarxismo es interesante, pues a partir de él los autores establecen su propósito. Explican el paso del marxismo clásico, de carácter economicista y con la preminencia de la clase obrera como sujeto político, al postmarxismo, en el cual los aspectos económicos y las clases sociales dejan de ser los elementos teóricos relevantes. Con base en esta descripción, los autores sostienen que “la izquierda ha terminado de traer, por fin, a primer plano, la relevancia de una lucha ideológica que ha determinado la muerte de la lucha de clases y el consiguiente nacimiento de la *batalla cultural*” (p. 26). Si la nueva izquierda ha iniciado una *batalla cultural*, se preguntan Agustín Laje y Ni-

3 Considero vigente la distinción entre izquierda y derecha para organizar el universo político. Siguiendo a Norberto Bobbio, creo que “la desautorización de la diada [izquierda-derecha] se convierte en un expediente natural para ocultar la propia debilidad” de alguna de las partes. Véase Norberto Bobbio. *Derecha e izquierda: Razones y significados de una distinción política*, Taurus, Madrid, 1996, p. 66. Una consecuencia del rechazo a la diada izquierda-derecha sería el establecimiento de *falsas igualdades*, como la identificación del *socialismo igual a totalitarismo* y *capitalismo igual a democracia*. Véase Octavio Rodríguez Araujo. *Derechas y ultraderechas en el mundo*, Siglo XXI Editores, México, D.F., 2004, p. 38.

4 Según Cas Mudde, la ultraderecha se subdivide en extrema (se opone en esencia a la democracia) y radical (sólo rechaza algunos aspectos de la democracia liberal). Dado que mi interés no está en esas diferencias, podría hablar en un sentido general de la ultraderecha. Sin embargo, opto por el término nueva derecha para polemizar con *El libro negro de la nueva izquierda*, que es el espejo a través del cual intento ver algunos rasgos de la ultraderecha. Véase Cas Mudde. *La ultraderecha hoy*, Paidós, Barcelona, 2021. (Versión electrónica).

## LA BATALLA CULTURAL DE LA NUEVA DERECHA

colás Márquez, ¿por qué no también la nueva derecha?

La nueva derecha tiene muy clara su intención de dar una *batalla cultural*, que consistiría en hacer de sentido común sus posturas o por lo menos que se hable de ellas. En este texto me propongo no tanto combatir a la nueva derecha, pues implicaría hacerlo en su campo y bajo sus condiciones, tan sólo me limito a exponer sus armas para que desde la izquierda sepamos lo que enfrentamos. Para este propósito sigo dos premisas. Primero, sostengo que las opiniones de *El libro negro* están pensadas para un público en particular al que no debe minimizarse ni caricaturizarse desde la izquierda. Segundo, considero que el terreno en el que se mueven los autores no es el de los argumentos de ahí que para rebatirlos haya que movernos a otro lado, pues sería ingenuo pensar que en un debate pactado en las reglas de la razón —lo que esto quiera que sea— se decidirá cuáles puntos de vista son los más sensatos para la convivencia social. Veamos.

### Hay un público de la nueva derecha

Cuando surgió la idea de escribir sobre *El libro negro* mi primera tarea fue obtenerlo, pero no quería comprarlo. Para mi buena suerte no hizo falta desembolsar un peso, pues si uno teclea el título en el buscador de Google el tercer resultado es su versión digital de libre acceso. Mientras que los dos primeros resultados son anuncios de Amazon del formato impreso y en Kindle. Asimismo, *El libro negro*

tiene amplia disponibilidad en librerías como El Sótano, Gandhi e incluso el Fondo de Cultura Económica (FCE). Lo que quiero decir con esto es que existe un público de la nueva derecha. Y es un público que vende<sup>5</sup>, pues estoy seguro que una institución como el FCE no se jactaría de un catálogo ultraderechista.

Dicho público es amplio, o al menos nada despreciable. Al momento en que escribo, *El libro negro* cuenta con 486 opiniones en Amazon y con 139 en Google. No son cifras muy altas, pero es raro encontrar libros que provoquen tamaña reacción. Desde luego no todas las valoraciones son favorables (el promedio de las dos plataformas es de 4.5 *estrellas* de 5 posibles), pero es evidente que se trata de un libro que ha suscitado discusión. La mayoría de las opiniones favorables son de hombres y, si nos guiamos por las fotos de sus perfiles, se podría afirmar que en su mayoría son jóvenes. Desde otro ángulo, el canal de YouTube de Agustín Laje, uno de los autores, cuenta con 1.13 millones de suscriptores. Sólo para dimensionar: el canal del presidente argentino Alberto Fernández apenas cuenta con 76 mil 300 suscriptores.

Entre los comentarios favorables se puede leer que *El libro negro* es “una herramienta muy clara para comprender grandes mentiras que se nos han enseñado como algo bueno” o que “es claro en cada tema, esta [sic.] escrito

---

5 Es un fenómeno similar al de la relación de la nueva derecha con los medios de comunicación. “Una foto o un vídeo de un grupo de *skins* con tatuajes nazis es algo demasiado llamativo como para no enseñarlo. Los directores y editores saben que algo así atrae «miradas», lo que se traduce en ingresos, por lo que lo convierten en noticia.” Véase *Ibidem.*, pp. 125-126.

por genios, con el don de la palabra, este libro es de lectura exclusiva para público pensante, audaz”. Desde el lado opuesto, las opiniones adversas se limitan a decir que “es un libro lleno de simplificaciones falaces, hombres de paja tergiversaciones, etc, etc para engañar a incautos [sic.]” o alguien comenta que acaba de “descubrir que a un amigo le gusta esta basura”. Coincido en que el libro abunda en simplificaciones y en falacias, pero lo que me interesa destacar es que para gran parte de su público lector esto no importa y, al contrario, los intentos por refutarlos sólo reafirman sus opiniones y alimentan un sentimiento antiintelectual.

### El antiintelectualismo

Entre mediados del siglo xvii y hacia finales del xviii floreció en Europa el movimiento cultural e intelectual de la Ilustración. No fue algo homogéneo, pero bajo el supuesto de que con la razón se podía acceder a todo tipo de respuestas concibió una serie de ideas más o menos reconocibles sobre la ciencia, el arte, la política y la sociedad. De acuerdo al pensador inglés Isaiah Berlin, la Ilustración fue atacada en su seno por Montesquieu y por Hume. Pero el ataque más encendido vino desde Alemania.

Durante el periodo de auge de la Ilustración, lo que hoy es Alemania era una comunidad venida a menos. No tenía, como en el Renacimiento, a un Alberto Durero que contribuyera a la cultura europea. Además, había un “complejo de inferioridad” frente a al Estado de Francia: allá se escuchaba música magná-

nima; aquí, melancólica. En este contexto surgió el movimiento pietista, que contó entre sus principales figuras a Filipp Jakob Spener, August Hermann Francke y Nikolaus Ludwig von Zinzendorf. El pietismo fue una de las raíces del romanticismo que, inspirado en el luteranismo, pugnaba por la relación directa de las personas con Dios. Por eso daba más importancia a la vida espiritual que al aprendizaje, el cual era considerado como pompa y adorno. El ánimo pietista queda resumido en una frase de Zinzendorf: «Aquel que intente comprender a Dios con su intelecto se volverá un ateo».<sup>6</sup>

En cierto modo, el ánimo antiintelectual del pietismo es compartido por los lectores de la nueva derecha. Por ejemplo, entre los comentarios en Google se lee que *El libro negro* “a pesar de ser descalificado por varios “expertos” o “cultos” en la investigación social, mantiene un formato agradable en las citas donde expone su punto de vista”. Además, hay quienes explícitamente dicen que las actitudes intelectuales que pretenden refutar las ideas de los autores de *El libro negro* no hacen más que reafirmarlas entre su público: “si vemos que todos dicen que es “refutable”, y solo se basan en el video de un furro en youtube, simplemente triste. No se dan cuenta que actuando como actúan, le están dando la razón al libro [sic.]”

Sin embargo, sería un error inferir con base en estos ejemplos que toda la nueva derecha es antiintelectual.<sup>7</sup> De hecho, entre los lectores

<sup>6</sup> Sobre el movimiento pietista y la Ilustración véase Isaiah Berlin. *Las raíces del romanticismo*, Taurus, México, D.F., 2015, pp. 51-79.

<sup>7</sup> Entre la nueva derecha hay grupos con un pro-



## LA BATALLA CULTURAL DE LA NUEVA DERECHA

de *El libro negro* hay quienes reivindican una postura que se pretende erudita: “este libro es para personas con un pensamiento científico, altamente recomendable para todos los que tienen hambre del saber” o afirman que el libro cuenta con “una excelente recopilación de información Histórica y Científica.” Así pues, el antiintelectualismo no es el único recurso de la nueva derecha, también se vale de lo contrario, es decir, de calificar a las personas que se asumen de izquierda como ignorantes y, en el peor de los casos, como tontos útiles que sirven a una conspiración de los líderes de la izquierda global o latinoamericana —como en el caso de *El libro negro*—.

### Sobre el estilo paranoico

En su clásico ensayo *The Paranoid Style in American Politics* (1964), Richard Hofstadter<sup>8</sup> afirmaba que la derecha estadounidense del siglo XIX concentraba en los extranjeros sus temores conspiratorios, mientras que para la derecha de su tiempo los conspiradores y los traidores también se podían encontrar en casa. Hoy día ocurre algo distinto, pues la nueva derecha basa sus teorías de la conspiración en una mezcla de lo que considera problemas internos y externos (migración, seguridad o co-

---

grama abiertamente intelectual como es el caso de la *nouvelle droite* en Francia, cuyos “orígenes se remontan al Grupo de Investigación y Estudios para la Civilización Europea (GRECE), fundado en 1968 y cuya figura principal es Alain de Benoist.” Véase Cas Mudde. *La ultraderecha...*, *op. cit.*, pp. 66-67.  
8 Richard Hofstadter. *The Paranoid Style in American Politics and Other Essays*, Vintage Books, New York, 2008, pp. 51-52.

rupción, por mencionar algunos).<sup>9</sup> Ejemplos de ello son la teoría alentada por el presidente de Hungría, Viktor Orbán, de que el multimillonario judío y húngaro-estadounidense George Soros está detrás del aumento de la inmigración masiva hacia Europa, así como los temores en países de Europa Occidental a la *islamización* provocada por los inmigrantes de origen musulmán.

*El libro negro*, desde luego, tiene un tono paranoico que hace eco de supuestas conspiraciones de la izquierda latinoamericana. Desde la introducción, Agustín Laje y Nicolás Márquez sugieren que tras la caída del Muro de Berlín (1989) Fidel Castro, entonces presidente de Cuba, y Lula Da Silva, en aquel momento joven dirigente brasileño del Partido de los Trabajadores, se propusieron sustituir al “imperialismo ruso”, para lo cual congregaron a diversas fuerzas de izquierda en el Foro de Sao Paulo (1990). Pero el año decisivo del “contubernio trasnacional” de las izquierdas fue 1992. Según los autores, la prueba de que la izquierda latinoamericana se tramaba algo grande es el hecho de que en dicho año coincidieran una marcha indigenista en Bolivia, una ecologista en Brasil y otra del orgullo gay en Argentina, el ascenso de políticos como Hugo Chávez en Venezuela o Evo Morales en Bolivia, así como la publicación de *El género en disputa* de Judith Butler (que no aclaran que fue publicado en 1990). Por sí faltara algo, explican que en 1992 los grupos del “anticomunismo capitalista” estaban “despreocupados y festivos” leyendo con ánimo triunfalista *El fin de la*

---

9 Cas Mudde. *op. cit.*, pp. 43-50.

*historia y el último hombre*, de Francis Fukuyama, pues suponían la caída definitiva del comunismo sin reparar en que no murió, sólo pasó por una metamorfosis.<sup>10</sup>

Para propagar el temor al comunismo los autores se valen de dos estrategias. En primer lugar, utilizan la imagen que ve con sospecha todo lo relacionado con Rusia<sup>11</sup>—con la URSS más precisamente—. De este modo, afirman que durante la década de 1920 el modelo soviético se resumió “en la destrucción de la familia” (p. 44) o que “las golpizas contra las mujeres fueron también algo corriente” (p. 47). Es una imagen que debe mucho al clima político de la Guerra Fría a mediados del siglo xx y que habría que remontar al artículo “The sources of Soviet conduct” (1946) de George Kennan, uno de los artífices de la política exterior estadounidense de la contención soviética. En segundo lugar, está lo que César Morales Oyarvide llama el “mito del corrimiento a los extremos”<sup>12</sup>,

que consiste en afirmar que algunas posturas de izquierda son igual de extremistas y peligrosas que las de la derecha. En este sentido, los autores de *El libro negro* se refieren al comunismo y al nazismo como “primos hermanos” (p. 43) y afirman que lo que provoca críticas e indignación cuando se habla del nazismo nunca se observa cuando “lo que se procura reivindicar es el comunismo” (p. 43).

Así pues, *El libro negro* tiene un tono paranoico que recurre a generalizaciones y simplismos como la imagen de que la URSS significó el abismo para las mujeres, pero más allá de estas imágenes ¿cuál es la posición del libro, y en general de la nueva derecha, respecto a las mujeres?

## La nueva derecha y las mujeres

Como hemos visto, la mayoría de los lectores de *El libro negro*, al menos los que se observan en las interacciones de Internet, son hombres. Pese a este componente de género, no habría que simplificar la relación de la nueva derecha con las mujeres. De hecho, en Europa destacan algunas mujeres como líderes derechistas en sus países, tal es el caso de Marine Le Pen en Francia o el de Frauke Petry en Alemania. Por otra parte, históricamente las orientaciones de derecha se han caracterizado por un «sexismo benévolo»<sup>13</sup>, el cual concibe a las mujeres como “moralmente puras y físicamente débiles”, además de que se las ve como la

10 Al respecto, Mercedes F. López Cantera analiza la persistencia histórica del comunismo como enemigo de las derechas en Argentina. Véase Mercedes F. López Cantera. “El comunista puede ser vos: Sobre la lógica contrarrevolucionaria de las derechas de los años treinta argentinos y su herencia”, *Presente*, 11 de noviembre de 2021. Disponible en: <https://revistapresente.com/presente/el-comunista-siempre-puede-ser-vos/>.

11 Al respecto, Rainer Matos explica en un artículo sobre las más recientes elecciones parlamentarias en dicho país que “el universo político ruso pintado desde la prensa occidental —malvado, homogéneo y totalitario— es un disparate”. Véase Rainer Matos Franco. “El pulso y el cálculo: La elección parlamentaria en Rusia de 2021”, *Presente*, 23 de septiembre de 2021. Disponible en: <https://revistapresente.com/contextos/el-pulso-y-el-calculo-la-eleccion-parlamentaria-en-rusia-de-2021/>.

12 César Morales Oyarvide. “La ultraderecha según la comentocracia”, *Presente*, 29 de noviembre de 2021. Disponible en: <https://revistapresente.com/expedi->

[ente/la-ultraderecha-segun-la-comentocracia/](https://revistapresente.com/expedi-).

13 Cas Mudde. *La ultraderecha...*, op. cit., p. 172 y ss.



## LA BATALLA CULTURAL DE LA NUEVA DERECHA

piedra angular de la familia, la raza o la nación.

En *El libro negro*, Agustín Laje y Nicolás Márquez hacen eco del «sexismo benévolo» e incluso dicen estar a favor de la primera ola del feminismo, pues consideran que la reivindicación de derechos civiles y políticos para las mujeres “lejos de representar un mal social, fue un gran aporte en favor de la Justicia” (p. 34). No obstante, sostienen que los posteriores movimientos feministas desvirtuaron el feminismo inicial —por eso sugieren llamarlo ahora “hembrismo” y a sus adeptas “feminazis”—, y más bien fueron una amenaza a las instituciones “funcionales al capitalismo: la familia monogámica, la prohibición del incesto y la pedofilia, la heterosexualidad, etcétera” (pp. 60-61). Es tal el tamaño de la amenaza feminista, que no creen “exagerado intuir que pronto estaremos en la puerta de una verdadera ‘dictadura de género’” (p. 103).

En este punto, Agustín Laje y Nicolás Márquez se desmarcan del «sexismo benévolo» y se acercan a lo que se conoce como «sexismo hostil»<sup>14</sup>, el cual percibe a las mujeres como “moralmente corruptas y políticamente poderosas.” El «sexismo hostil» también modifica la concepción de masculinidad, pues a diferencia del «sexismo benévolo» no considera que los hombres sean poderosos y protectores de las mujeres, más bien los ve amenazados por ellas.<sup>15</sup> El «sexismo hostil» está muy extendido en subculturas digitales de hombres —en su mayoría jóvenes— como los *gamers* o los *incels* (célibes involuntarios), grupos que se sien-

ten agraviados por las mujeres, por lo que su violencia hacia ellas —traducida en acoso digital, pero a veces de forma más grave— no sólo la consideran “un acto aceptable, sino incluso de justicia.”<sup>16</sup> Además, la dinámica del mundo digital favorece que estos grupos refuercen sus opiniones y encuentren un espacio en el que se sienten libres de expresarlas.

Hasta aquí he mostrado algunas características de la nueva derecha a partir de la lectura del libro de Agustín Laje y Nicolás Márquez. Pero hablando en términos de géneros de escritura, ¿qué tipo de texto es *El libro negro*? ¿un libro académico?, ¿de divulgación científica?, ¿un folleto?, ¿o qué es?

### ¿Es un panfleto?

En los últimos tiempos el panfleto ha sido un género vituperado, incluso se lo ha convertido en insulto —panfletario— para descalificar adversarios en el campo de las ideas. Me inclino a pensar lo contrario. En el panfleto veo un género de añeja prosapia que ha tenido entre sus plumas más lúcidas a un Thomas Paine o a un Voltaire. Su estilo es la polémica, un estilo que requiere temple, respeto y, desde luego, elegancia. La polémica es como desenvainar la espada sin empuñarla. El panfletista no necesariamente busca convencer a sus oponentes, pues de antemano ha elegido su público —aquel que coincide con él y al cual busca

14 *Ibidem.*, p. 173

15 *Ibidem.*, p. 174

16 Al respecto, sugiero revisar un interesante ensayo de César Morales Oyarvide. “La oposición “incel” en el mundo Twitter”, *Este País*, 2 de junio de 2021. Disponible en: [https://estepais.com/tendencias\\_y\\_opiniones/politica/la-oposicion-incel-en-el-mundo-twitter/](https://estepais.com/tendencias_y_opiniones/politica/la-oposicion-incel-en-el-mundo-twitter/).

encender—, no obstante, como advertía Jorge Luis Borges a propósito del *arte de injuriar*, el panfletista ha de proceder “con especiales desvelos, de los que suele prescindir en otras ocasiones más cómodas.” Todos estos rasgos están ausentes en *El libro negro*, por lo que sería impreciso —un elogio— llamarlo panfleto.

No es mi intención encontrar un género para *El libro negro*, sino mostrar su forma de proceder carente de todo desvelo. En primer lugar, los autores se erigen como abanderados de la incorrección política. ¿Que si son discriminadores, machistas u homofóbicos? ¡Y qué!, responden Agustín Laje y Nicolás Márquez. Su libro no es para “agradar a los usurpadores del monopolio de la corrección y la bondad sino precisamente para cuestionarlos” (p. 9). En segundo lugar, a sabiendas de que ello no importa a la mayoría de su público, explícitamente hacen uso de fuentes falsas. No es sólo que tergiversen o den información a medias, sino que pasan por verdaderas fuentes que abiertamente tienen una función distinta a la de informar. Por ejemplo, escriben que las feministas en Colombia buscan prohibir los ma-

riachis debido a sus letras patriarcales (p. 102). La fuente es **Actualidad Panamericana**, que se describe como un sitio que “inventa a diario noticias en tono de sátira para criticar los males de nuestra sociedad y, paradójicamente, se ha consolidado como uno de los portales con mayor credibilidad del país.”

\*\*\*

Este es el proceder de los autores de *El libro negro* y cabría decir que el de gran parte de la nueva derecha. La cuestión, no sólo para la izquierda sino para cualquiera con un poco de ecuanimidad, es qué hacer frente a quienes atacan posturas que no son corrección política sino el mínimo de respeto que exige la convivencia social, y que para hacerlo no tienen empacho en recurrir a mentiras. ¿Hay que debatirlos? No creo, pues no están en esa disposición y ello sólo haría eco de sus ideas. Pienso que hay que limitarse a entenderlos, lo cual no implica excusarlos sino empezar a desarmarlos. Esto último, espero, es lo que he intentado en las páginas precedentes. ¶

Imagen de portada: Pixabay y Amazon



## ¿EL RETORNO DEL ANTICOMUNISMO EN EL IMAGINARIO DE LAS DERECHAS MEXICANAS?

Por Héctor Alejandro Quintanar

En el Siglo xx, el comunismo fue un fantasma que, a decir verdad, recorrió muy escuetamente América Latina. Con las salvedades de Cuba en 1959 y Nicaragua en 1979 (cuyos regímenes son discutibles en cuanto a su tipo), la realidad es que el comunismo no se trató de una forma de gobierno extendida, generalizada y duradera en la región; y ha solido fungir más como compañero de ruta de otro tipo de izquierdas —como las nacionalistas-desarrollistas—, que como protagonista de proyectos gobernantes en el subcontinente.

En suma, en América Latina el comunismo ha sido una fuerza más o menos marginal en la historia de sus gobiernos. Su contraparte, el anticomunismo, en cambio, sí ha sido un articulador político poderoso, no sólo como ideología de movimientos y trasfondo de instituciones, sino que ejerció como el protagonista del subcontinente durante la Guerra Fría global, dominado en Centroamérica y el Cono Sur por dictaduras militares de origen golpista y

de identidad anticomunista.

Son muchos los rostros del anticomunismo. Algunos de ellos radican en la crítica filosófica legítima —desde el catolicismo, el liberalismo e incluso las izquierdas antibolcheviques— contra el comunismo o las prácticas de los regímenes que se autodenominan comunistas. En ciertos momentos, el anticomunismo ha sido puntal contra el autoritarismo en contextos euroasiáticos. Son plurales sus raíces, diversos sus emisarios y variados sus impactos en el mundo.

Sin embargo, el anticomunismo en América Latina, y sobre todo en la Guerra Fría, no se caracterizó, en sus principales emisarios, por tender a la ruta democrática. Por el contrario, el papel que ese articulador ideológico fungió durante la confrontación bipolar fue una excusa excluyente que justificó diversos golpes de Estado (Guatemala en 1954 y Paraguay en 1954; Brasil en 1964; Argentina, Chile y Uruguay en los setenta, etcétera) y que operó como legitimación para diversos actos represivos, desde la persecución ideológica hasta el aniquilamiento de opositores de todo signo, donde desbordan los casos de los regímenes dictatoriales de Pinochet en Chile (1973-1989); la Junta Militar argentina (1976-1983) y Centroamérica en los ochenta, cuyas cifras de muerte y dolor son de magnitudes brutales.

Más allá de las particularidades de cada caso y de los factores que los permitieron —donde la hegemonía y política exterior injerentista de Estados Unidos fueron sólo dos de las variables, que también deben incluir el papel y agencia de las élites locales y las redes supra-

nacionales construidas a nombre del anticomunismo, como el Plan Cóndor— ese periodo tuvo un factor común en la presunta justificación de Golpes de Estado y dictaduras bajo el gran signo de la Guerra Fría: el anticomunismo era ante todo una presunta alerta en contra de una amenaza externa de origen soviético.

Así, para los principales emisarios del anticomunismo de ese período, el comunismo no era una tanto una doctrina filosófica o económica sino el embozo de una amenaza geopolítica rusa, y los comunistas —y por extensión otras izquierdas— no eran actores políticos con una postura propia sino intermediarios, sin capacidad de agencia, del expansionismo soviético. Se excluía a las izquierdas no por sus propuestas, proyectos o tesis, sino que en última instancia, excluirlas significaba protegerse de un presunto intento invasor de la gran potencia del Este.

Si bien este tipo de pensamiento fue característico de la Guerra Fría global, no se inventó en ella y ha sido un punto de quiebre en el imaginario de las derechas en el mundo desde inicios del siglo xx.

Como plantea Markku Ruotsila<sup>1</sup>, más allá del eterno “pensamiento conspirativo” propio de diversos movimientos reaccionarios-religiosos del siglo xix e inicios del xx (precursores de visiones inmovilistas de la sociedad, donde cualquier cambio era visto como una amenaza producto de alguna maquinación extraña), el periodo entreguerras de la centuria pasada sería fundamental para consolidar en diversas

<sup>1</sup> Markku Ruotsila, *British and American Anticommunism Before Cold War*, Routledge, 2002, p. 12.

## ¿EL RETORNO DEL ANTICOMUNISMO EN EL IMAGINARIO DE LAS DERECHAS MEXICANAS?

derechas la idea de que “comunismo” y “amenaza externa” son dos elementos que necesariamente corren juntos.

Esa idea se derivó no sólo del triunfo de la Revolución Rusa y su posibilidad de tornarse en un inspirador para los comunismos de otras latitudes, sino que había tres elementos a ello circundantes: que dicha revolución triunfara liderada por el ala bolchevique y “radical”; que dicho triunfo se haya dado específicamente durante la recta final de un conflicto geopolítico sin precedente: la Primera Guerra Mundial; y, sobre todo, que los revolucionarios rojos hayan concretado, en ese peculiar marco, acuerdos de Paz con una de las partes en conflicto: Alemania.

A los ojos de diversos conservadurismos (sobre todo del mundo anglosajón, preocupados además por el ascenso en sus países de proyectos que sin ser comunistas eran reformistas, como el “liberalismo nuevo” de Woodrow Wilson), esos elementos advertían que la naciente nación soviética sería una potencia *necesariamente* expansionista, no sólo por el componente internacionalista del marxismo-leninismo, sino porque los líderes bolcheviques podrían reproducir el expansionismo prusiano de los siglos XVIII y XIX, dados sus pactos de paz y entendimientos con líderes alemanes en esa coyuntura. Esta interpretación del mundo, más las reales anexiones geográficas de la URSS en los veinte, y el hecho de que el grueso de los partidos comunistas del mundo tomó a esa naciente potencia como referente, fueron el sustento para confirmar la tesis de que el comunismo era en el mundo un caballo

de Troya que envolvía una pretensión expansiva de la Unión Soviética.

Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial significaría un suspenso a esta postura, en tanto que las potencias de occidente y la Unión Soviética marcharon juntos ante el enemigo común del fascismo. Poco después la conclusión de la conflagración y el orden geopolítico resultante fueron el pábulo para un punto de inflexión: la consolidación del fantasma soviético como una permanente amenaza exterior expansionista. La Guerra Fría no inventó esa tesis, pero sí la llevó a su máxima expresión y dio pábulo para la solidificación del anticomunismo menos como una crítica legítima al comunismo y más como una coartada instrumental para legitimar actos de todo tipo, incluidos antidemocráticos y represivos, contra una variedad de actores políticos de diverso signo, acusados sin distinción de “comunismo” y de estar al servicio de una amenaza más imaginaria que real en ciertas latitudes: la amenaza del imperialismo soviético.

La confrontación bipolar significó una política exterior invasiva de dos potencias, pero el anticomunismo como coartada deliberadamente obvió que no era el mismo nivel de influencia el que podía tener la Unión Soviética en zonas como Medio Oriente y Europa del este que en otras regiones. Fue el caso de América Latina, cuyas élites conservadoras — sobre todo militares, católicas, terratenientes, financieras y exportadoras— aprovecharían el panorama ideológico internacional de la Guerra Fría para superar el relativo retraimiento que, a mediados de ese siglo, les significó el



avance de proyectos desarrollistas en el subcontinente, como el cardenismo, el régimen de Árbenz en Guatemala, el peronismo y otros gobiernos reformistas.

Desde el primer golpe de Estado de la Guerra Fría en América Latina en 1954, contra Árbenz precisamente, y tras el singular triunfo de la Revolución Cubana en 1959, fue persistente en la región el descrédito contra actores de diverso signo —ya fuera el reformismo agrario de Árbenz hasta el socialismo democrático de Allende en Chile— no sólo bajo la etiqueta “infamante” de ser “comunistas”, sino que además ello necesariamente iba en pos de intereses de una potencia geopolítica externa. Con vaivenes y resistencias, esta inercia fue la regla en la región desde 1954 y sobre todo tras 1964, año del Golpe de Estado anticomunista en Brasil, periodo donde en América Latina menudearon las excepciones de gobiernos no golpistas, con México como caso sobresaliente.

### **Derechas, anticomunismo y “amenaza externa” en México.**

El anticomunismo en México durante la Guerra Fría fue de excepción. País dominado el grueso del Siglo xx por un régimen autoritario pero emanado de una Revolución que se proclamó “por la justicia social y contra la derecha y la Reacción”, no sólo no tuvo una identidad abiertamente anticomunista en su seno, como sí ocurrió en otros países de la región, sino que, por diversos factores (donde sobresa su estabilidad política producto del autoritarismo

selectivo y de ciertas políticas de bienestar), sobresalió en la Guerra Fría como un país con relativa autonomía en política exterior; con un visto más o menos bueno de parte de ambas potencias protagónicas de la confrontación, y, destacadamente, como un país donde no hubo un golpe de estado ni régimen militar anticomunista de él emanado.

Como plantean Lorenzo Meyer<sup>2</sup> y Ariel Rodríguez Kuri<sup>3</sup>, el anticomunismo en México desde el gobierno existió en el plano interior, pero fue más casuístico que sistemático, más discreto que abierto, y, como ideología identitaria, fue más parte de actores sociales —donde destacan la jerarquía católica, empresarios y partidos de oposición— que gubernamentales. Las instituciones anticomunistas en México fueron, a diferencia de otros países, primordialmente informales y tienen en sus expresiones más represivas en los grupos paramilitares y militares que ejercieron la llamada “guerra sucia”; o en prácticas como la desaparición forzada y episodios como la matanza de Tlatelolco. La “discreción” del anticomunismo oficialista mexicano no radicó en su flexibilidad, sino en que se ejerció, a diferencia del Cono Sur, de forma subrepticia y bajo una retórica que se pretendía progresista.

El anticomunismo mexicano abiertamente

2 Véase: Lorenzo Meyer, “La Guerra Fría en el mundo periférico: el caso del régimen autoritario mexicano. La utilidad del anticomunismo discreto” en Daniela Spencer (coord), *Especios de la Guerra Fría: México, América Central y el Caribe*. CIESAS-Porrúa, México, 2004.

3 Véase: Ariel Rodríguez Kuri, “México: Guerra Fría e historia política”, *Historia Mexicana*, vol. LXVI, núm. 2, octubre-diciembre, 2016, pp. 645-652.

## ¿EL RETORNO DEL ANTICOMUNISMO EN EL IMAGINARIO DE LAS DERECHAS MEXICANAS?

identitario fue más del orden civil que oficial, situado en sectores a la derecha que veían con el mismo escepticismo anticomunista tanto al gobierno como a sus críticos de izquierda, actores ambos a quienes ubicaba bajo la égida de la ubicuidad soviética. Grupos desde la época cristera preocupados por infiltraciones comunistas; grupos laicos pero religiosos preocupados porque los libros de texto de la educación pública “estarían al servicio de la URSS”; grupos de choque estudiantil de identidad anticomunista opuestos al proyecto de Lázaro Cárdenas, organizaciones secretas o discretas preocupadas por una conjura “masónica-judía-comunista” internacional; grupos empresariales organizados en torno a hacer frente a políticas monetarias del gobierno u organizaciones partidistas o protopartidistas —como el Sinarquismo o el Partido Acción Nacional— cuyo seno y discurso recurrió sistemáticamente al anticomunismo para posicionarse ante el régimen posrevolucionario.

La articulación entre partidos de oposición y cúpulas empresariales en torno al anticomunismo no fue poca cosa. Destacan dos coyunturas. La fundación del Consejo Mexicano de Hombres de Negocios en 1962, por ejemplo, discursivamente buscaba ser una entidad “para atraer inversión”, pero en los hechos fue una reacción ante la política energética estatal de López Mateos y el papel de México ante la Revolución Cubana, ambos hechos vistos y descalificados como supuesta proporción al “comunismo”. La fundación del Consejo Coordinador Empresarial en 1975, asimismo, pretendía ser un grupo “interlocu-

tor ante el gobierno”, pero en los hechos fue un frente que dio participación inédita de los empresarios en política y pretendía acusar de “comunismo” al gobierno de Echeverría dada su política exterior, que preconizaba instrumentalmente a favor de actores políticos como Salvador Allende. Esa inmersión empresarial en la política tendría puertas abiertas en el PAN, que, también en un hecho inédito, como recuerda Soledad Loaeza<sup>4</sup>, desplazó la añeja idea de Gómez Morín de tener un partido ciudadano de cuadros, para priorizarle espacios a los grupos empresariales ávidos de participar en política.

En esa mancuerna entre empresarios y el PAN, el rechazo al comunismo bajo la clave de que cualquier política o acción estatal, o de carácter público, popular o social, o cualquier solidaridad —ficticia o genuina— con actores políticos del exterior, tendía a ser embozo de una amenaza externa soviética, estuvo sistemáticamente presente y tuvo momentos cumbre, principalmente tras el asesinato de Eugenio Garza Sada —liderazgo ineludible del empresariado mexicano— y en 1982, tras la nacionalización de la banca. Premisas como la “sovietización” de México, “la allendización” del gobierno de Echeverría, o exigencias para que el gobierno condenara movimientos políticos de izquierdas en América Latina, conllevaban la idea central de la Guerra Fría global y el anticomunismo: el aprovechamiento de parte de ciertas élites del panorama ideológico interna-

<sup>4</sup> Véase: Soledad Loaeza, “Conservar es hacer patria”, en *Nexos*, abril de 1983. <https://www.nexos.com.mx/?p=4172>

cional para buscar un fortalecimiento propio.

Así, el anticomunismo en México durante la Guerra Fría fue excepcional en América Latina en cuanto a sus emisarios centrales e identitarios, pero no lo fue en cuanto a su construcción de adversarios, donde la idea de la amenaza externa soviética estuvo presente tanto en el anticomunismo oficial y casuístico del régimen posrevolucionario (para el cual fue siempre una coartada instrumental para debilitar y reprimir opositores de todo signo), como en el anticomunismo de las derechas en el ámbito civil, donde operó a veces como una convicción férrea contra adversarios de las izquierdas o como una forma de articularse frente a los gobiernos “de la revolución”.

La década de los ochenta no sólo trajo un viraje ideológico en los gobiernos posrevolucionarios a favor del “libre mercado” que modificó la relación del poder con los empresarios y con el propio PAN. También trajo una reagrupación de las izquierdas mexicanas, que cobraban fuerza a raíz de la escisión nacionalista del PRI en 1986, paradójicamente mientras en el panorama internacional el campo socialista se debilitaba, el Muro de Berlín caería pronto, y la Unión Soviética se disolvería en 1992, para dejar en ascuas la casi centenaria idea en el imaginario anticomunista de que desde ahí se operaban las amenazas geopolíticas globales.

¿Qué pasaría en el imaginario anticomunista contra una “amenaza externa”, cuando el epicentro de esa amenaza quedaba disuelto?

## **México 2006 y la reproducción de la amenaza externa: hacia la construcción de un anticomunismo post-soviético en América Latina**

El fin ortodoxo de la Guerra Fría global fue contemporáneo a la llamada tercera ola democratizadora en Latinoamérica. El fin del bloque socialista y la URSS casi corrió paralelo al fin de las dictaduras anticomunistas en América Latina y la tesis generalizada de que “el libre mercado” resultaría el campo vencedor de la larga confrontación bipolar. La democracia electoral parecía abrirse campo para desplazar regímenes autoritarios, aunque de ellos no desapareció del todo su legado y prácticas.

Si bien México fue excepcional en lo relativo a la ola de golpes de Estado de la Guerra Fría en América Latina, no lo fue en cuanto a la ola democratizadora, pues se suscitaron ciertos visos de apertura producto de diversas luchas sociales, entre ellos la Reforma Política de 1977 y, tras la resistencia al fraude de 1988, la construcción de un organismo electoral autónomo, México vivió su propio proceso de alternancia en el año 2000, luego de setenta años de gobiernos del PRI, que en sus últimos tres sexenios había preconizado ya una política económica librecambista y privatizadora, ajena a los principios básicos de la Revolución Mexicana.

La alternancia en 2000 favoreció al principal partido de las derechas del Siglo xx mexicano: el Partido Acción Nacional, cuyo seno contenía una fuerte tensión histórica entre diversos grupos: los visos de democristianismo,



## ¿EL RETORNO DEL ANTICOMUNISMO EN EL IMAGINARIO DE LAS DERECHAS MEXICANAS?

la ola empresarial que desplazó otros liderazgos en el partido desde los años setenta, y una no irrelevante ala de extrema derecha que, durante el mandato de Fox, ganó no pocos espacios de toma de decisión en la administración pública.

La segunda parte del sexenio foxista estuvo marcada por el conflicto contra el entonces Jefe de Gobierno de la Ciudad de México, Andrés Manuel López Obrador, triunfante en 2000 como candidato de una coalición liderada por el hasta entonces principal partido de las izquierdas mexicanas: el Partido de la Revolución Democrática, fuerza resultante del Frente que postuló a Cuauhtémoc Cárdenas en 1988 y que amalgamaba tanto a la escisión del nacionalismo priista —separada del tricolor ante el giro neoliberal de 1982— como a rostros del socialismo histórico mexicano como de la izquierda social.

Gobiernos contrastantes, el de López Obrador pretendía, con todo y una variedad de deficiencias, ser un contrapunto antineoliberal, al ponderar diversos programas sociales y obra pública; mientras que el de Fox había tratado de profundizar las reformas estructurales en pos del libre mercado y había reconfigurado por razones meramente ideológicas dos espacios fundamentales: la relación del gobierno con la Iglesia católica y un quiebre inédito en las relaciones exteriores.

Sea por convicción, conveniencia o instrumentalización, las relaciones exteriores mexicanas en el siglo xx, sobre todo en la Guerra Fría, se habían destacado por su relativa autonomía y su tendencia a no entronizar con-

flictos, a no respaldar dictaduras anticomunistas y a no subsumirse a la agenda del gran actor hegemónico en la región durante ese periodo: Estados Unidos.

Sin embargo, la alternancia significó un cambio radical en ese sentido, en tanto que la confluencia ideológica del gobierno de Fox con Washington era prácticamente plena, lo que implicó que el gobierno mexicano, a la par de su homólogo estadounidense, actuara como vocero internacional de proyectos librecambistas en contraste con otros proyectos de integración económica como el Mercosur.

Las Cumbres celebradas en Monterrey en 2002 y en Mar del Plata en 2005 ejemplificaron la defensa mexicana de una agenda ideológica estadounidense y en favor de la propuesta del ALCA, que chocaba con la idea de Mercosur de un mercado común pero restringido en áreas estratégicas (el ALBA).

Esos contextos fungieron, también de manera inédita, de escenarios para que México se conflictuara diplomáticamente con dos países latinoamericanos: Cuba y Venezuela gobernados respectivamente tanto por el único socialismo sobreviviente a la caída de la URSS —el de Fidel Castro— como por el primer país del llamado “giro a la izquierda en América Latina”, encabezado por Hugo Chávez, cuya figura, desde 2002 —cuando fue objeto de un fallido Golpe de Estado que México, contrario a su tradición del siglo xx, no condenó contundentemente— se había convertido en el PAN en un personaje de contraste y en un enemigo público, no sólo por el modelo de país que representaba, sino por su acelerado

activismo internacional, donde fungía en los hechos como vocero contrario a la hegemonía estadounidense, a la que el gobierno mexicano se había adherido.

Con menos tacto que sus antecesores del viejo régimen, las relaciones internacionales de la alternancia mexicana no tuvieron empacho tampoco en mostrar sus filias y fobias, y usaron como pábulo de casi ruptura y de ruptura inéditas los escenarios de 2002 y 2005. Con el penoso episodio del “comes y te vas” dicho a Fidel Castro en 2002 para satisfacer al gobierno de Bush, y con la expulsión del embajador venezolano en México en 2005, a raíz de un conflicto verbal protagonizado por Fox y Chávez en torno a la inconveniencia de construir el ALCA en la Cumbre de Mar del Plata, dejaron en claro que la tradición internacional de México había sido desplazada por una política donde la fobia ideológica del gobierno foxista contra las izquierdas jugaba un papel fundamental.

Al igual que ocurrió en la Guerra Fría, la derecha mexicana, ahora en el poder, hizo uso del panorama internacional para lograr un fortalecimiento ideológico propio en contra de adversarios de corrientes ideológicas distintas a la suya, en la cromática de las izquierdas.

Después de la elección de 2003, que significó un retraimiento del panismo y un repunte indiscutible de López Obrador en la Ciudad de México, cuyo partido arrolló en las elecciones locales, el panorama hacia 2006 tenía un contendiente que lideraba las preferencias electorales a nivel nacional: el gobernante de la Ciudad de México.

El gobierno de Fox, en reproducción de

viejas taras autoritarias, intervino ilegítimamente con tal de frenar las aspiraciones del tabasqueño, no sólo con asonadas mediáticas diversas (como los videoescándalos), sino también con una acción ilegítima donde la Procuraduría General de la República de su gobierno sembró una acusación falsa contra el Jefe de Gobierno por desacato, el llamado proceso de desafuero de 2004-2005, hecho que pudo haberlo dejado fuera de la contienda presidencial. Sin embargo, una amplia movilización ciudadana, la condena internacional, y la falta de pruebas, orillaron a la PGR a desistir su acusación, sin que se borrara el perfil injerencista electoral del gobierno de Fox.

El fin del desafuero fue la antesala de la contienda electoral de 2006, encabezada por dos aspirantes: el que, postulado por una coalición encabezada por el PRD, lideraba las encuestas, y el candidato de la continuidad panista, Felipe Calderón, cuyo inicio de campaña estuvo marcado por la inopia y la irrelevancia, centrada en el discurso de ser un candidato “de manos limpias”.

Sin embargo, poco efecto surtió el intento panista. Del 19 de enero de 2006 a inicios de marzo de ese año, la tesitura en las encuestas fue la misma y la contienda parecía tener un ganador anticipado en López Obrador. En ese contexto, el PAN en el poder, y también de manera inédita, dio paso a una campaña que fricionó sin ningún prurito la legalidad electoral.

Contraviniendo el Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales, Cofipe, el eje central y oficial de la propaganda de Calderón se olvidó de promover su imagen y se

## ¿EL RETORNO DEL ANTICOMUNISMO EN EL IMAGINARIO DE LAS DERECHAS MEXICANAS?

centró en atacar a su adversario, puntero en las encuestas, dado que de otro modo, según voces de los propios artífices de esa estrategia (como Antonio Solá), de otro modo sería imposible revertir la decena de puntos porcentuales con que iba en desventaja el panista.

Las matrices principales de esa campaña fueron dos: una principal, consistente en acusar a AMLO de blandir un proyecto de irresponsabilidad económica, y una segunda que lo comparaba, con la etiqueta de “intolerantes” a ambos, con el mandatario venezolano Hugo Chávez, a raíz del episodio de confrontación de éste con Fox en noviembre de 2005 en Mar del Plata.

La propaganda panista en ese sentido fue el discurso central de campaña de Calderón, que confirmaba así una línea inédita en la diplomacia mexicana inaugurada en 2002, cuando en el seno panista Chávez fue aupado como una nueva “bestia negra” latinoamericana por encima de Fidel Castro, cuestión que sin embargo no era inédita en el ideario de las derechas, habituadas desde el fantasma comunista a la utilización de referentes externos para construir enemigos internos.

Poco después, la reproducción de esta práctica se ahondó: tras una débil insinuación de la prensa mexicana sobre una supuesta intromisión del gobierno de Hugo Chávez a favor de AMLO en las elecciones, mandando supuesto apoyo logístico, material y bélico, publicada por el diario *La Crónica de hoy* en marzo de 2006 con base en asociaciones forzadas —práctica propia del macartismo de la Guerra Fría—, el PAN usaría esa nota como única

prueba para denunciar a AMLO ante el Instituto Federal Electoral, mientras que la Cámara de Diputados, a instancias del legislador panista Rodrigo Iván Cortés, gestaría una comisión investigadora de ello.

Con ese tema en el ambiente, y basado en tal escaramuza, la campaña panista arreció en sus espots de propaganda de ataque comparando a AMLO con Chávez, mientras que, también de manera inédita, organismos empresariales violarían asimismo el Cofipe, pues pese a tener prohibida la contratación de espots de contenido proselitista, el Consejo Coordinador Empresarial —nacido en plena Guerra Fría internacional y en plena guerra de empresarios contra el régimen mexicano en el plano nacional— emitió una serie de mensajes de velado apoyo a Calderón y en contra de un “retroceso económico” en caso de que ganara el proyecto de López Obrador. La emisión de espots fue copiosa en todos los planos mediáticos pese a la legalidad que rompía.

Más tarde, en la recta final de la campaña, en la segunda mitad del mes de junio se suscitó el retorno a secas de la impronta anti-comunista. En una serie de espots de propaganda negra promovidos abundantemente, y aparecidos en todos los canales de televisión en horarios también ilegales, emitidos por un membrete fantasma llamado “Sociedad en Movimiento” (que después se supo estaba conformado por integrantes de la Coparmex de Chihuahua y promotores de Felipe Calderón en esa entidad), usaron como única matriz ideológica de campaña la figura de Hugo Chávez, a quien exponían como promotor de

violencia y resaltaban emitiendo la frase “¡Socialismo o muerte!”.

Tanto la campaña del PAN, como las campañas laterales del Consejo Coordinador Empresarial y de Sociedad en Movimiento, significaron un enturbiamiento de campaña que se prolongó por cuatro meses, desoyó llamamientos institucionales a la legalidad, violó abiertamente el Cofipe, y significó en su conjunto una inversión quebrantadora de la ley de 850 millones de pesos y centenas de miles de espots que no cesaron de transmitirse incluso a horas antes de la jornada electoral y que, una vez pasada la elección, se convirtieron no sólo en uno de los argumentos de López Obrador para impugnar los resultados, sino asimismo fueron el pábulo para que la reforma electoral de 2007 afilara la institucionalidad para evitar la ilegal propaganda sucia y, asimismo, pusiera un dique a terceros ajenos a la contienda, como grupos empresariales, en aras de una mayor equidad en los procesos electorales.

### **Nota conclusiva: un anticomunismo instrumental en 2006, ¿uno anticomunismo de convicción en el futuro?**

Poco después de que terminara la campaña de 2006, consumado el fraude de ese año y con Felipe Calderón como un cuestionado ganador, el panorama internacional no se recrudenció. Las armas y las explosiones sociales azuzadas por Venezuela que el periódico *La Crónica de hoy* especuló nunca ocurrieron, mientras que las células chavistas-bolivarianas

que el PAN denunció en la Cámara de Diputados y ante el IFE, tampoco dieron muestras de vida.

La comisión legislativa al respecto no encontró absolutamente nada, mientras que el 23 de mayo de 2008, tras dos años de pesquisas, el Instituto Federal Electoral hizo público que la denuncia del PAN contra una presunta intromisión de Hugo Chávez en favor de López Obrador en la elección de 2006 se sobreesía, ya que nunca hubo elemento alguno para sustentarla.

Más a fondo, en 2007, un año después del entuerto, tanto el gobierno venezolano encabezado por Chávez como el mexicano de Calderón restablecieron relaciones y volvieron a nombrar embajadores en sus respectivos países, con lo que la acusación de una supuesta amenaza bélica chavista en favor de AMLO quedaba no sólo en entredicho sino desmentida.

En el mismo tenor: de ese momento a hoy, no son pocos los ex dirigentes panistas participantes en esa campaña de 2006, quienes han preconizado que lo dicho en esa coyuntura fue de carácter electoral, estratégico, con tal de lograr cerrar la brecha entre el puntero AMLO y el candidato panista.

Asimismo, diversos empresarios testimoniaron, como hizo público alguna vez José Agustín Ortiz Pinchetti, que ellos en realidad “no creían” que hubiera alguna amenaza venezolana en la plataforma de AMLO, y que sin embargo, participaron en la campaña que decía lo contrario.

Dicho de otro modo, la usanza caracte-

## ¿EL RETORNO DEL ANTICOMUNISMO EN EL IMAGINARIO DE LAS DERECHAS MEXICANAS?

rística de la Guerra Fría —el anticomunismo como precursor de una necesaria amenaza externa— se hizo presente de nueva cuenta con su rasgo mayor en América Latina: ser un discurso meramente instrumental, sin mayor sustento, destinado a deslegitimar y excluir más que a criticar o contrastar ideas.

La fórmula dio ilegales resultados y tensó la incipiente democracia mexicana. Pero su efectividad fue pionera en la región. El caso mexicano de 2006 devino en punto de inflexión: después de él han sido numerosos y frecuentes los casos en América Latina donde a diversos aspirantes de las izquierdas en campaña se les ha acusado de ser favorecidos de algún tipo de intromisión venezolana a su favor, sin que al final se puedan demostrar razones sólidas para ello. Tan sólo en 2007, quizá siguiendo como ejemplo el discurso de la derecha mexicana en el poder, en El Salvador, Colombia, Perú y otros países —sea en elecciones locales o nacionales—, la “intromisión venezolana” fue un factor en juego electoral. Hoy, tres lustros después, la “amenaza venezolana” ya no sólo es geopolítica sino ideológica también, empleada como forma de descrédito al grueso de las opciones no neoliberales de la región.

¿Por qué Venezuela en específico, y no cualquier otro país del giro a la izquierda? Las razones parecen ser variadas, pero en el caso mexicano parece adquirir peso el hecho de que en la coyuntura de 2006 la figura de Hugo Chávez tenía un activismo internacional simbólico pero visible en la región, que en la mirada de diversas derechas locales vino a suplir al

otrora expansionismo embozado del comunismo soviético de la Guerra Fría.

No puede sorprender el hecho. Anticomunismo —o anti-izquierdismo— y alerta contra “enemigos externos” han corrido juntos por más de un siglo, fueron política deliberada y protagónica en la Guerra Fría, definieron la historia de América Latina en muchos aspectos en la segunda mitad del Siglo xx. Luego de tanto tiempo de interpretar el mundo de ese modo y de construir antagonismos de esa manera, ¿podrían las derechas desplazar la idea de una “amenaza externa” en sus adversarios de izquierda tan fácilmente, y centrarse en criticarlos por lo que son y no por lo que sospechan que embozan, así sea sin mucho sustento?

La coyuntura mexicana de 2006, con su particularidad de estar condicionada por una derecha específica en el poder y con su reticencia poco democrática en contra del giro a la izquierda en América Latina, se convirtió en una bisagra de supervivencia del anticomunismo, que en su variante post-soviética no cambió su tendencia central de buscar amenazas externas en sus adversarios, aunque ahora la selección de enemigos sólo cambió de nombre.

Hoy, en 2021, el panorama político ha cambiado. La izquierda de López Obrador llegó a la presidencia en 2018 y en el PAN, luego de treinta años de concluida la Guerra Fría, un grupo representativo de senadores firmó en inicios de septiembre una Carta de Madrid que de nuevo resucita al Anticomunismo como enemigo público y le achaca su epicentro en el

Foro de Sao Paulo.

Tal parece que no se está refiriendo al anticomunismo y sus prácticas poco compatibles con la democracia. La historia mexicana reciente, con las iniquidades panistas en el

poder en 2006, hacen pensar que esa forma maniquea y lacerante de interpretar el mundo, en realidad nunca se fue de las derechas, tanto las “moderadas” como las radicales.¶

Imagen de portada: «Mulheres contra o comunismo» de Leandro's World Tour cuenta con una licencia CC BY 2.0

**CO  
NTEX  
TOS**





# LA LARGA SOMBRA DE PINOCHET: ELECCIONES PRESIDENCIALES EN CHILE

Por César Canales<sup>1</sup>

Chile recientemente ha celebrado elecciones presidenciales en medio de un proceso político social crucial en su historia, para comprender este escenario hay que contemplar sus antecedentes. Considerado por muchos un modelo para la región por sus avances en crecimiento e Índice de Desarrollo Humano, el país austral experimentó en 2019 intensas movilizaciones sociales de descontento respecto su sistema político, las cuales decantaron en un proceso constituyente inédito en su historia. En efecto, las élites políticas se vieron forzadas a construir un acuerdo transversal para así morigerar la conflictividad social. De esta manera, se ofreció una instancia constituyente, abriendo un cauce institucional a los agravios expuestos en la protesta callejera.

Posteriormente en 2020, a través de un plebiscito, el 78% de los electores aprobaron la creación de un órgano compuesto por miembros plenamente escogidos por votación popu-

---

<sup>1</sup> Politólogo. Universidad Diego Portales.

## LA LARGA SOMBRA DE PINOCHET: ELECCIONES PRESIDENCIALES EN CHILE

lar denominado Convención Constitucional, la cual se basa en reglas de paridad de género y escaños reservados para pueblos originarios, coherente con un espíritu de representatividad y pluralismo. Actualmente hay 155 delegados encomendados a redactar una nueva Carta Magna, la cual deberá ser plebiscitada en 2022. Sin lugar a dudas el proceso que experimenta el país está dotado de amplio simbolismo pues la actual Constitución entró en vigencia en 1981 en plena dictadura de Augusto Pinochet, inspirada fuertemente en el neoliberalismo y en un rol estatal subsidiario.

Ahora bien, los comicios del pasado domingo 21 de noviembre han dejado resultados dignos de interés. En primer lugar y luego de tres décadas, han quedado fuera de competencia los candidatos representantes de las dos grandes coaliciones políticas que alternaron el poder desde el retorno a la democracia en 1990, el conglomerado de partidos de centro derecha y la coalición de centro izquierda. Al *ballotage* (segunda vuelta) a realizarse el 19 de diciembre de 2021 han avanzado dos candidatos con proyectos políticos diferentes entre sí; por un lado, el novel candidato de izquierda Gabriel Boric, más próximo a representar y canalizar las demandas sociales exhibidas desde 2019 y el ultraderechista José Antonio Kast, un candidato del recientemente creado Partido Republicano, pero con trayectoria política precedente en el partido Unión Demócrata Independiente, situado en el ala derecha del espectro político chileno.

¿Quién es José Antonio Kast? hijo del teniente de la *Wehrmacht* Michael Kast llega-

do a Chile a fines de la década de 1940, es miembro perteneciente a una familia que apoyó y colaboró con la dictadura cívico-militar de Augusto Pinochet. De hecho, el hermano de José Antonio Kast, Miguel Kast, fue ministro de Estado durante el régimen. No hay que dejar de mencionar el rol que cumplieron los civiles en el Estado Burocrático-Autoritario —bajo la tipificación de Guillermo O'Donnell— como lo fue Chile entre 1973 y 1990.

José Antonio Kast representa lo comprendido como *pinochetismo*, pues apela al liberalismo económico, a un orden social, a la reducción del Estado, el conservadurismo valórico y al anticomunismo. Su programa da cuenta de ello; por ejemplo el punto 33 propone crear una “Coordinación Internacional Anti-Radicales de Izquierda”, mientras que el punto 46 versa sobre la “Ampliación en las atribuciones del Estado de Emergencia”, el cual específicamente busca facultar al presidente para restringir libertades de tránsito y reunión, para interceptar y registrar toda clase de comunicaciones, así como para arrestar a las personas en sus propias moradas o en lugares que no sean cárceles ni estén destinados a la detención. Otro elemento que hace recordar el régimen de Pinochet —en particular respecto una votación convocada en 1978 ante los cuestionamientos de la ONU— es el punto número 82 del programa de Kast el cual señala: Retirar a Chile del Consejo de Derechos Humanos de la ONU, pues considera que esta última “ataca a Chile con diversas políticas y falsas acusaciones”.

Asimismo, el candidato José Antonio Kast

propone exenciones tributarias al empresariado, la privatización de empresas estratégicas para el Estado como la Corporación Nacional del Cobre de Chile (CODELCO), pilar de la gran minería del cobre. A su vez que busca revertir los avances en normativas de aborto, suprimir el ministerio de la Mujer y se posiciona en contra del matrimonio igualitario y de la educación superior gratuita. Cabe consignar a modo de contexto que Kast pertenece al movimiento católico de Schoenstatt y que forma parte de una organización internacional conservadora que se opone a la OEA.<sup>2</sup>

En el plano discursivo ha llegado a declarar que *Pinochet votaría por él en caso de estar vivo*<sup>3</sup> y recientemente ha negado en un medio internacional que la dictadura chilena haya encerrado a opositores políticos,<sup>4</sup> provocando la reacción de ciertos grupos que lo tildan de *negacionista* respecto los crímenes de lesa humanidad perpetrados por el Estado durante el régimen autoritario.

Su política consiste en perpetuar el *statu quo* y reivindicar el espíritu de la Constitución de 1981 lo que lo sitúa en una postura contra-

revolucionaria respecto del ánimo expresado en las recientes manifestaciones sociales en Chile, movimientos que fueron ratificados en las urnas dando origen a la asamblea constituyente. De hecho, la composición de la asamblea —elegida el pasado 15 y 16 de mayo 2021— configuró una mayoría de 2/3 partes con ideas cercanas al progresismo, incorporando idearios indigenistas, feministas, etc., mientras que la derecha quedó reducida a 37 de 155 escaños, sin poder de veto ni con los escaños suficientes para frenar una votación de quorum reforzado (2/3). En virtud de lo anterior, parece contraintuitivo que la primera mayoría presidencial la obtuviera el candidato José Antonio Kast dado que el discurso hegemónico de la Convención adhiere a la instauración de un Estado solidario de derechos.

Dicho lo anterior, ¿qué explica la adhesión de Kast?, ¿cómo entender este fenómeno que parece contraintuitivo? En primer lugar, hay que focalizarnos en el trabajo de la Convención Constitucional, cuya aprobación ha caído paulatinamente de acuerdo a las encuestas de opinión, sobre todo a raíz de dos escándalos mediáticos al interior de un colectivo con presencia importante como lo es la “lista del pueblo” y por la constante exhibición de los gastos de mantención del órgano en los medios de comunicación. El descrédito del proceso constituyente —maximizado por los actores políticos de derecha tanto al interior como al exterior de la Convención incluyendo al gobierno— ha deteriorado la legitimidad representativa del órgano, lo cual ha sido aprovechado por Kast, quien también se ha sumado a las

2 Pedro Ramírez “El desconocido rol estelar de J.A. Kast en la “guerra santa” contra la OEA”, CIPER, 25 de mayo de 2019, en <https://www.ciperchile.cl/2019/06/25/el-desconocido-rol-estelar-de-j-a-kast-en-la-guerra-santa-contra-la-oea/>

3 “Si Pinochet estuviera vivo votaría por mí: ¿quién es José Antonio Kast el ultraderechista chileno que repunta en las encuestas?”, *El Comercio*, 9 de octubre de 2021, en <https://elcomercio.pe/mundo/latino-america/chile-si-augusto-pinochet-estuviera-vivo-votaria-por-mi-quien-es-jose-antonio-kast-el-ultraderechista-que-reputan-en-las-encuestas-jair-bolsonaro-noticia/>

4 CNN Chile (@CNNChile), Twitter, 13 de noviembre de 2021, en <https://twitter.com/cnnchile/status/1459521434418507779>

críticas.

Otro elemento que explica lo acaecido en las elecciones se puede visualizar a la luz de la teoría del voto económico propuesta por Anthony Downs.<sup>5</sup> El actual gobierno de centro derecha representado por Sebastián Piñera dispuso una serie de transferencias a gran parte de las familias chilenas durante varios meses de pandemia, entregando 230 dólares mensuales per cápita. De hecho, el denominado Ingreso Familiar de Emergencia ha sido uno de los factores que han sobrecalentado la economía, la cual ha presentado un crecimiento importante durante 2021. Bajo una mirada racional e individual, el elector evalúa su bienestar económico y si lo percibe favorable, procurará darle continuidad al partido del gobierno o de su sector ideológico, tornándose menos propenso a grandes transformaciones.

Ligado a lo anterior, el elemento emocional en la psicología del votante cobra relieve, la presente hipótesis radica en que gran parte de los electores no están dispuestos a profundas ingenierías sociales luego de una larga pandemia, centrando su interés en el consumo y disfrute de bienes y servicios, actividades restringidas por la crisis. Además, se hace patente un agotamiento emocional que se percibe en amplios grupos de personas, lo que obsta escenarios de grandes movilizaciones sociales propugnando por cambios que traen aparejada la incertidumbre. Por último, el escenario de aislamiento ha debilitado el tejido y el capital

social, configurando un votante en mayor medida egoísta.

Por otra parte, el candidato opositor a Kast, Gabriel Boric, apunta principalmente a políticas de género, medioambiente, educación gratuita —esgrimando valores considerados postmateriales bajo el concepto de Ronald Inglehart— que no necesariamente son prioritarios para un grupo importante de la ciudadanía. De hecho, para las capas menos privilegiadas de la sociedad hay menos interés en que se legisle sobre el matrimonio homosexual versus un programa que priorice la seguridad en los barrios o apunta combatir el desempleo con mayor énfasis, puntos fuertes del discurso programático de Kast.

Por último, cabe consignar el uso del discurso populista por parte de José Antonio Kast, cuya candidatura presenta elementos visibles de populismo. En primer lugar, se erige como un líder personalista, candidato de un partido sin representación en el poder legislativo hasta la elección, en la cual alcanzó el Partido Republicado un 2% de representación en la cámara alta y un 9.7% de la cámara baja aún por asumir, sin figuras de contrapeso en el partido respecto a su líder. Este personalismo se refleja en su franja política, en la que se plantea *haber recibido el llamado de un país* para asumir el desafío presidencial, erigiéndose en el portavoz.

Kast asimismo plantea una visión de la sociedad dividida entre dos campos homogéneos y antagónicos.<sup>6</sup> De hecho, en su discurso

---

<sup>5</sup> Anthony Downs, "An economic theory of political action in a democracy", *Journal of Political Economy*, vol. 65, n.º 2, 1957, pp. 135-150.

---

<sup>6</sup> Cas Mudde y Cristóbal Rovira, *Populismo: una breve introducción*, Alianza Editorial, 2019.

tras los resultados se representaba a sí mismo como la opción de la libertad versus el comunismo del contrincante.<sup>7</sup> Según Cristóbal Rovira, el Partido Republicano de Kast no es de extrema derecha, es derecha populista radical,<sup>8</sup> posición que rechaza la igualdad social, la integración de grupos marginalizados y apela a la xenofobia. El neoliberalismo es la dimensión económica de esta ideología mientras que el nativismo forma el componente cultural. El nativismo de Kast se observa en su crítica a la inmigración, sin asumir que Chile es una sociedad multicultural. Se define con la idea de que existe solo una nación y que no hay cabida para esa plurinacionalidad. Asimismo, esgrime la idea de que se necesita un orden al interior de la sociedad y que se necesitan jerarquías, esto también se vincula, por ejemplo, con la temática de género a la cual está muy opuesta el Partido Republicano, el cual propone un modelo de familia deseable. Por último, el populismo se expresa en un ataque a “élite corrupta”, la cual estaría representada fundamentalmente por el mundo progresista, a quienes lo seguidores de Kast le atribuyen degeneración valórica, ante lo cual Kast propone “recuperar el sentido común perdido”. Sin duda se ha hecho patente el éxito electoral de la estrategia po-

pulista a lo largo del mundo, con fenómenos nítidos como fue el ascenso de Jair Bolsonaro y Donald Trump, quienes al igual que Kast, han sido críticos con los medios de comunicación y explotan el uso de sus redes sociales.

El hecho de que haya alcanzado la primera mayoría y tener posibilidades reales de asumir la presidencia un candidato que representa los valores del pinochetismo, a tan sólo cinco meses de una expresión política de la ciudadanía tan opuesta en los comicios para definir constituyentes parece contraintuitivo. Sin embargo, la utilización de la estrategia populista, el descrédito de la Convención, el foco en problemas tangibles de la ciudadanía y una menor disposición a las transformaciones por parte de la misma son posibles factores que elevaron la candidatura de Kast, aspectos que se suman a la velocidad de las comunicaciones en redes sociales, las cuales imprimen un ritmo de variabilidad a la intención de voto, así como a la decreciente adhesión partidaria y disciplinada del elector. Estos son elementos de un fenómeno multicausal, ante el cual en el presente artículo he intentado explicar lo contraintuitivo de una carrera presidencial cruzada por un proceso constituyente y movimientos sociales progresistas que, sin embargo, ha abierto las puertas al fantasma de la derecha pinochetista. ¶

Imagen de portada: @joseantoniokast

7 “Kast: ‘Vamos a elegir entre libertad y comunismo’”, *ámbito*, 21 de noviembre de 2021, en <https://www.ambito.com/mundo/chile/kast-vamos-elegir-libertad-y-comunismo-n5319956>

8 Eduardo Olivares, “Cristóbal Rovira: ‘El Partido Republicano no es de extrema derecha; es derecha populista radical’”, *PAUTA*, 31 de octubre de 2021, en <https://www.pauta.cl/politica/cristobal-rovira-partido-republicano-chile-kast-no-extrema-derecha?fbclid=IwAR3Nlv1cqkZBD92iuFzcNYEobHy64LRKFNXcONX18PKTKzZIMAWRdesEd8>



**TRA  
ZOS**





# ***PARÁSITOS Y NUEVO ORDEN: LOS POBRES YA VIENEN***

**Por Héctor Gutiérrez<sup>1</sup>**

El Infierno está próximo a llegar: las señales son inequívocas. El planeta se incendia. Arde. Y de las llamas, que engullen las vidas, los demonios serán las víctimas. Los mares aumentarán de nivel y devorarán la tierra. Ciudades quedarán bajo el agua. Extinciones masivas. Muertes. Y la culpa será de los ahogados.

Porque las leyes de la naturaleza podrán ser universales, pero no a todos los afectan de la misma manera. La lluvia, la Covid, las tormentas, los temblores se ensañan más con unos que con otros. Con los que siempre sabemos: los negros, las mujeres, los pobres, los indígenas. Con los marginados. El carbón que echa a andar la máquina estadística: la de las muertas, la de los criminales, la de las desigualdades, la de las tragedias. La de los que quedan sepultados:

---

<sup>1</sup> El autor es periodista, ha sido reportero de política en Reforma, coordinador editorial de Esquire Latinoamérica, colaborador en El Financiero y actualmente es editor en jefe de Radio Fórmula digital.

## PARÁSITOS Y NUEVO ORDEN: LOS POBRES YA VIENEN

ora en un alud, ora en una inundación. Porque hasta la naturaleza, nunca inocente, ha quedado subordinada a la dinámica de la guerra de clases.

Sin embargo, cuando el desastre toque la puerta, los ricos lo vestirán de bonanza. Porque el capital es energía potencial, el imperativo de explotar, y energía cinética: extracción. Los pobres, por otra parte, serán los responsables del cataclismo: son muchos, son sucios y contaminan.

En todo el mundo surgen discursos, se han puesto de moda al menos desde el último lustro, que advierten sobre la polarización: esa peculiar palabra que no dice nada y que dice todo, que sirve de comodín para darle una explicación, simplista, al resentimiento de clase, a los dolores de las presas de la desregulación del mercado, de la precarización laboral, de la tercerización de los trabajos y de la liberalización económica. Una polarización que siempre ha existido. Que ha estado ahí, sempiterna, porque es inherente al capitalismo: como un espectro que acecha desde el rincón más lejano de nuestra habitación. Pero ahora que el neoliberalismo, tras la crisis del 2008, ha muerto y se manifiesta en forma de zombi, quizá más peligroso que nunca, la división eternamente latente comienza a hacerse visible en todo el orbe, al menos, para los que siempre supieron que estaba ahí pero no se atrevían a verlo.

*Parásitos* y *Nuevo Orden*, más allá de las diferencias superficiales, epidérmicas, en el fondo se tratan de una misma película. Una idea provocadora, quizá, pero basta con ana-

lizar ambos filmes para saber que, a pesar de que aleguen ser una crítica a la desigualdad, esconden un mismo mensaje: hay que tenerle miedo a los pobres. Que ahí vienen, iracundos, y los ricos serán las víctimas. Los vampiros de la clase ociosa<sup>2</sup> le temen a los cuellos, negros, de sus víctimas. Los lobos nos advierten sobre los corderos. El borrego ya viene, alerta el lobo feroz para espantar a la jauría.

Claro, una es más exagerada que otra. Es difícil tomarse en serio al largometraje, henchido de una paranoia delirante, de Michel Franco, de la misma forma en la que, por ejemplo, es difícil tomarse en serio a partidos como Vox (hipérbole deliberada). El filme coreano, por otra parte, es impecable desde un punto de vista estético. Incluso pretende tener una consciencia social. No obstante, no se trata de largometrajes antonímicos, es decir, opuestos entre sí. Por el contrario, son hipernomínicos: lo mismo pero, en un caso, llevado al extremo. A final de cuentas, *Nuevo Orden*, que se ha convertido en una burla, desprovisto de cualquier capital simbólico, quedará en la historia como una vociferación inofensiva, en un meme, mientras que *Parásitos*, de Bong Joonho, ha sido asimilada en su totalidad por el aplauso de las élites: los pobres ya vienen.

Ambos filmes, cargados de una atmósfe-

---

<sup>2</sup> Aunque diversos autores han referido el término de clase ociosa, en este caso me refiero al uso que Marcel Proust le dio en *En busca del tiempo perdido: Por el camino de Swann*, debido a que fue la primera vez que tuve conocimiento del mismo. En tanto, respecto al adjetivo de "vampiros", es estricta referencia a Marx, quien en *El Capital* habla que el capital es trabajo muerto que vive a manera de vampiro, chupando trabajo vivo.

ra paranoica, nos presentan una estampa caricaturizada y llena de prejuicios sobre las clases bajas: son ladinas, tramposas, violentas, sucias, envidiosas, antihigiénicas, asesinas, extorsionadoras y, en el delirio de Franco, son violadoras. Los pobres son pícaros, en el mejor de los casos; todos con la potencia de ser criminales. Lo que cualquier conservador contemporáneo piensa sobre las mismas. Lo que cualquier conservador, en cualquier era, quizá, ha pensado de la chusma. Aquellos vampiros de la clase ociosa que se enojan ante frases como que el pueblo es bueno y sabio. Pero ese tema, aunque relacionado, inseparable, tal vez, es el eje de otro debate.

No hay cualidades redimibles en los pobres, salvo las que sean funcionales para las clases altas. Los pobres no son inteligentes, sino astutos, y usan esa característica para aspirar a las comodidades de quienes más tienen, porque, más que resentidos, son envidiosos. Y resalto la palabra astucia, porque siempre ha tenido una connotación picaresca y despectiva. A diferencia de la inteligencia, que es de hidalgos.

Los ricos, por otra parte, son retratados en los dos largometrajes, el coreano y el mexicano, con defectos banales: vanidosos, prepotentes, frívolos. Cosas que hasta de las que se pueden enorgullecer. Es decir, características de carácter, más que de clase, que no se equiparan al insulto. Incluso, el rico es el que tiene el monopolio de la virtud, tanto para Michel Franco como para Bong Joo Hoo: ¿No acaso son los personajes femeninos, Marian y Da-hye, los más impolutos, nobles y con quie-

nes más empatía debemos tener, según la mirada de los directores?

En todo producto artístico importa el punto de vista. Y la falsa idea de nihilismo estético, que ambos directores han pregonado, nunca será neutro: equiparar al débil con el fuerte sólo beneficia a éste. Pintar como iguales a los que, por cuestión de clase y de poder son distintos, es, de entrada, agravar la falta de simetría.

Aun los personajes más antipáticos y prepotentes, los representados por Diego Boneta y Park Dong-ik, al final se vuelven víctimas de la rabia irracional de los de abajo. A uno, Boneta, los pobres le matan a la esposa embarazada, a la madre y a la hermana; el otro es directamente asesinado por el personaje que encarna Kim Ki-taek. Ambos son ultrajados en fiestas, en las que los pobres, desterritorializados, osan ocupar espacios que corresponden a las élites. El único pobre virtuoso, sobre todo más marcado en el filme del mexicano, es aquel que se pone al servicio del rico: la ama de llaves y su hijo que tratan de proteger a la niña rica que los pobres buscan mancillar.

El pobre es visto como idiota, cavernario, agresivo. Incapaz de organizarse de forma colectiva para buscar un cambio en el estado general de las cosas, pero ¿no ha sido históricamente más desgarradora la violencia ejercida por las élites al temer la organización de los de abajo? El fascismo como respuesta al bolchevismo, la guerra sucia en México, el golpe contra Allende, la represión de Videla y un kilométrico etcétera.

Asimismo, el pobre, el pueblo, es visto como muchedumbre, marabunta, chusma ig-

## PARÁSITOS Y NUEVO ORDEN: LOS POBRES YA VIENEN

norante, pese a que en ellos, en la clase trabajadora, es donde existe la potencia, la posibilidad, de que radique lo que Marx denominó, en *Fragmento sobre las Máquinas*, como el *General Intellect*: la idea de que, ante la automatización del trabajo y la aparición de la máquina, el conocimiento de su operación y del conocimiento social generado puede desatar a las fuerzas productivas y lograr una emancipación del trabajo.

“La naturaleza no construye máquinas, ni locomotoras, ferrocarriles, telégrafos, etc. Son éstos, productos de la industria humana: material natural, transformado en órganos de la voluntad humana sobre la naturaleza o de su actuación en la naturaleza. Son órganos del cerebro humano creados por la mano humana; fuerza objetivada del conocimiento. El desarrollo del capital fixe revela hasta qué punto el conocimiento o knowledge social general se ha convertido en fuerza productiva inmediata, y, por lo tanto, hasta qué punto las condiciones del proceso de la vida social misma han entrado bajo los controles del general intellect y remodeladas conforme al mismo. Hasta qué punto las fuerzas productivas sociales son producidas no sólo en la forma del conocimiento, sino como órganos inmediatos de la práctica social, del proceso vital real”.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Karl Marx, “Fragmento sobre las máquinas”, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía*

Los personajes de clase baja de *Parásitos* y de *Nuevo Orden*, desproletarizados, no se mueven bajo aspectos racionales o ideológicos. No tienen un interés de cambiar el estado general de las cosas, por el contrario, su reclamo es usurpar el lugar del rico, del patrón, volverse el explotador. Que no cambie el juego, sólo los jugadores. Porque, aunque los propios directores digan que su película es sobre el resentimiento, en realidad es sobre la envidia de clase: el pobre quiere ser como el rico. No obstante, el resentimiento, a diferencia de la envidia, como apunta Mark Fisher retomando a Nietzsche, tiene la potencialidad de ser un sentimiento positivo, incluso marxista: la envidia es querer ser el amo, mientras que el resentimiento es hacer consciente el agravio.

“El resentimiento es un afecto mucho más marxista que los celos o la envidia. La diferencia entre resentir la clase dominante y envidiarla, es que los celos implican un deseo por volverse la clase dominante, mientras que el resentimiento sugiere una furia hacia su posesión de recursos y privilegios. Un resentimiento que llevara sólo a la inacción quejosa es ciertamente la definición de una pasión inútil. Pero el resentimiento no tiene que terminar en impotencia (...) El resentimiento al privilegio y a la injusticia es en muchos casos el primer paso hacia la confronta-

---

*política (Grundrisse) 1857-1858, vol. 2, Siglo XXI, México D. F., 1972, pp. 216-230. Se puede consultar en <https://textos.wordpress.com/2006/05/23/fragmento-sobre-las-maquinas/>*

ción de los sentimientos de inferioridad y dados por sentado, 'Sí... ¿Por qué deberían ellos llevarse más que nosotros?'"<sup>4</sup>

La idea de los personajes que se mueven más por la envidia que por una racionalización de clase es más clara en *Parásitos* que en *Nuevo Orden* (donde los pobres delinquen y sólo buscan las pertenencias personales de los ricos). La escena clave es cuando el hijo de la familia pobre, Ki-woo, tiene la fantasía de volverse rico, como los amos, comprar la misma casa y así liberar a su padre. El clímax ideológico del largometraje. Más que buscar acabar el privilegio, transformar la realidad social, el pobre aspira a ser el explotador. La idea neoliberal de que el bienestar es un producto del esfuerzo individual y no de la acumulación de privilegios de clase, raza y género.

Lejos de hablar de una emancipación social o de criticar la esencia del privilegio, las películas, con su estampa caricaturizada y desclasada sobre las diferencias entre los desiguales, tienen un mensaje alarmante: si

seguimos así, los pobres se levantarán y lo incendiarán todo, porque, creen los directores, no son capaces de organizar una colectividad que no sea violenta. La respuesta, entonces, es usar la violencia del Estado para evitar que se desate esa violencia.

Michel Franco señala que su filme es una alerta en contra de la militarización, pero ¿no fue justo eso la guerra contra el narco de Felipe Calderón? La guerra del expresidente panista fue, ante todo, un proyecto de clase para tratar de socavar cualquier movimiento organizado y colectivo tras el fraude del 2006. Fue una guerra que desterritorializó y, al mismo tiempo, territorializó: el neoliberalismo se afianzó en todo el país como un parásito inevitable. El pueblo, los pobres, los de abajo, buscaron el cambio pacífico y fueron los de arriba los que actuaron con violencia. Un *Parásitos* y un *Nuevo Orden* más realista: el rico mató al pobre. Y no al revés.

Porque quizá *Parásitos* tenga razón: la lluvia a todos nos moja, pero a unos los moja más que otros.¶

Imagen de portada: Pixabay

<sup>4</sup> Mark Fisher, "¡Viva el resentimiento!", *Los Fantasmas de mi vida*, Caja Negra, Buenos Aires, 2018, p. 273.

**APU**

**NTES**





## ¡CUIDADO: ULTRADERECHA ENFRENTÉ!

Por Fernando Escobar Ayala<sup>1</sup>

Reseña de Cas Mudde, *La ultraderecha hoy*, Barcelona, Paidós, 2021.

La ultraderecha ha venido para quedarse y ningún país del mundo es hoy inmune a su política. Esta última es la principal conclusión de la lectura de *La ultraderecha hoy*, el más reciente libro del politólogo Cas Mudde, acaso el más importante estudioso del fenómeno en Europa. Podemos tomar aquellas mismas palabras, irremediablemente, como una sentida advertencia. Porque en efecto, viéndolo desde México, los ejemplos de la política ultraderechista nos son cada vez más familiares, al tiempo que sus propuestas comienzan a ganar elecciones y sus partidos y candidatos se hacen de la dirección de gobiernos alrededor del mundo. El término “ultraderecha” parece instalarse con mayor fluidez y relevancia dentro de la conversación pública nacional e in-

---

<sup>1</sup> Egresado de la licenciatura de Ciencias Políticas y Administración Pública de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

ternacional para señalar agendas, campañas, movimientos y discursos. La necesidad que se presenta, en favor de la salud de esa propia conversación pública, es procurar mayor claridad conceptual, comprender de qué estamos hablando cuando hablamos de “ultraderecha”: ¿cómo reconocerla? ¿Qué es lo que los ultraderechistas dicen y lo que aseguran de sí mismos? No son cuestiones menores, menos aun cuando lo que también se requiere es combatirles en la arena política y estar atentos a sus próximas expresiones en nuestro país.<sup>2</sup> Las tesis de Mudde se enmarcan con éxito dentro de todas estas pretensiones.

El autor señala algo muy cierto: hacer frente a esta “ola global de la ultraderecha” (la cuarta en la historia, como lo explica al comenzar el libro), no consiste simplemente en aplicar procedimientos prefigurados. No hay recetas ni fórmulas mágicas, sino estrategias contingentes elaboradas en función de la especificidad del contexto y del adversario. Tampoco hay cabida para la subestimación y, mucho menos, para la caricaturización de la ultraderecha como una cosa homogénea y estereotipada. Los tiempos presentes de la política en el mundo son los de la erosión del consenso demócrata-liberal y del proyecto de la globalización; así como de una silenciosa, pero persistente, desmarginalización y normalización de la propuesta ultraderechista como respues-

ta a las crisis que recorren el planeta. Entre el agotamiento de los modelos y la crisis de imaginación política, el discurso y la sensibilidad ultraderechista (junto a su genealogía fascista) ha logrado colarse con dos expresiones concretas que Mudde llama: *extrema derecha* y *derecha radical populista*. Ambas comparten un discurso reaccionario, antisistema, violento contra las minorías y hostil a los valores democráticos. Sin embargo, conviene destacar sus diferencias.

Afirma Mudde: “Mientras la extrema derecha es revolucionaria, la derecha radical tiende a ser más reformista. En esencia, la derecha radical confía en el poder del pueblo y la extrema derecha no.” (p. 18) Con otras palabras: si la extrema derecha ocupa un lugar marginal dentro de los sistemas democráticos —siendo sus expresiones explícitamente prohibidas y criminalizadas como ocurre en Alemania, por ejemplo—, la derecha radical ha venido logrando posicionarse como una opción ganadora dentro de los sistemas electorales; en gran medida gracias a su estrategia populista. Si la extrema derecha se articula mediante organizaciones precarias y minoritarias, con liderazgos difusos y volátiles (como las milicias supremacistas), la derecha radical se organiza en partidos con estructuras más profesionales, con redes y capacidad de cabildeo, y un mayor alcance político y presencia mediática para posicionar sus agendas y candidatos frente al electorado. En breve, la derecha radical populista es, hoy en día, la expresión predominante de la ultraderecha y la más exitosa en lo que va del siglo.

---

<sup>2</sup> En realidad, ya contamos con dos ejemplos nítidos: el fugaz pero renuente intento de movilización popular del llamado Frente Nacional Anti-AMLO durante el 2020, y el vergonzoso acercamiento del Partido Acción Nacional con el partido de ultraderecha español Vox apenas en septiembre pasado.

Sin embargo, a pesar de sus procedimientos y lógicas más “institucionales”, la nueva participación de la derecha radical como un actor normal al interior del “mainstream” de la política de partidos ha supuesto la introducción de un potencial germen de violencia y autoritarismo. Más aún, la derecha radical se ha ido consolidando como una plataforma de significado, un código con el cual leer la realidad, posicionar temas para construir agendas y encaminar la opinión pública en conformidad con sus sentimientos y proyectos. Las claves de este aparato ideológico, que germina de maneras específicas en cada contexto sobre y desde el que la ultraderecha funciona, son el esencialismo nacional o racial y la proyección de una amenaza extranjera. En ese sentido, el estilo de política ultraderechista guarda una profunda obsesión securitaria: “Casi todos los problemas políticos que les preocupan son percibidos como una potencial ‘amenaza al orden natural’, generadora de inseguridad, que debe ser tratada con mano de hierro” (p. 45). No por nada, el eje a partir del cual las diferentes expresiones de la ultraderecha contemporánea coinciden es el tema migratorio en el que se reúnen muchas de las fobias, prejuicios y fantasías del imaginario político contemporáneo: el crimen, las adicciones, la raza, el desempleo, el terrorismo, la supuesta descomposición social y de la familia tradicional, etc. A todo ello, toca responder con políticas punitivas, con muros para excluir el exterior y disciplina férrea al interior.

El problema del “extranjero” y su consideración patológica es, quizás, el síntoma y

el paradigma por excelencia de la propuesta ultraderechista contemporánea. Sugiere una nostalgia por la supuesta unidad nacional perdida y el retorno a ella mediante el accionar de una política de la enemistad, la postulación del miedo como la emoción política básica. Es, finalmente, la sugerencia del orden como virtud y como remedio, así su imposición signifique su afirmación y regulación agresivas. Frente a la supuesta debilidad o traición de las élites gobernantes —usualmente descalificadas como “liberales”, “progresistas”, o simplemente “izquierdistas”—, las y los políticos ultraderechistas practican el teatro de su aparente fortaleza, de su convicción y compromiso para con la conciencia e identidad popular que invocan. Esto último nos lleva a la que es, acaso, la más sugerente tesis de Mudde. Los simpatizantes de la ultraderecha contemporánea no son el arquetipo de malhumorados skinheads y pandilleros antisociales, o al menos no se limitan a estas características demográficas, sino que se componen de una multitud de personajes y poblaciones más heterogénea, al igual que sus líderes y referentes. ¿Qué ha empujado a la ciudadanía a convalidar y promover la propuesta ultraderechista?

En los triunfos de Trump y Bolsonaro, en el crecimiento de Vox en España y Agrupación Nacional en Francia, así como en la consolidación de los regímenes de Modi en India y Orbán en Hungría, están los trazos de un porvenir posible, un futuro abierto. Son testamento de un electorado defraudado con las alternativas tradicionales. Son la movilización de un descontento que no se crea desde el vacío, sino que

## ¡CUIDADO: ULTRADERECHA ENFRENTA!

históricamente se ha acumulado como una potencia social, en las faldas del desamparo político, para terminar encontrando un cause y una caja de resonancia en las propuestas de la ultraderecha. Estas últimas no son ocurrencias de una clase política arcana, sino postulados con cierta actualidad temática y una mayor o menor capacidad de convencimiento. Como lo sugiere Mudde, la ultraderecha, y sobre todo la derecha radical desmarginalizada, comprende una suerte de “normalidad patológica”, pues supone:

una radicalización del sistema político establecido, y que su programa es el mismo que, aunque sea bajo una forma ligeramente más moderada, apoyan ya amplios sectores de población y, en la cuarta ola, también sectores crecientes del propio sistema política establecido (p. 124).

Más familiares que la voz de la ultraderecha quizás lo sean las plataformas desde y a las cuales se dirige: la precariedad y margina-

ción crecientes, el sentimiento de inseguridad desatado por la globalización y la decepción frente a opciones políticas que simplemente repiten las estructuras y gestionan las mismas operaciones de un *status quo* fracturado. Sin embargo, la derecha radical no plantea nada fundamentalmente diferente, salvo la magnificación y expansión de una potencia autoritaria siempre presente en lo social y lo político. En todo caso, la sacudida que esta ha provocado abre la puerta para el rediseño de la democracia, para la inyección de novedad política que, incluso, y contrariamente a las sugerencias finales de Mudde, puedan ir más allá de simplemente fortalecer el modelo liberal. Las cosas no pueden seguir igual, afirman muchos ultraderechistas. Y no se equivocan. Pero nuestras expectativas de un mundo más justo, fraterno e igualitario demandan otro tipo de discursos. Nos corresponde a nosotros pensar y trabajar para hacerlas realidad.¶

Imagen de portada: Pixabay







# PRESENTE

LECTURA A LA ALTURA DE NUESTRO TIEMPO

